CUADERNOS historia 16

Los viajes de Colón

Luis Arranz Márquez





116

175 ptas



Retrato de Cristóbal Colón

Indice

Los viajes de Colón

Luis Arranz Márquez
Catedrático de Historia Moderna de E.U., Universidad Complutense

SOBRE Colón se ha escrito y hasta dudado de casi todo, mas en algo hay coincidencia general: fue un gran navegante y su obra descubridora, traducida en cuatro viajes o navegaciones, cambió la faz del mundo conocido. Con su experiencia de nauta adelantado ayudó a ensanchar los conocimientos geográficos, a arrinconar miedos y leyendas, a deshacer supersticiones de todo tipo que atenazaban los ánimos más esforzados, a rectificar a sabios antiguos y medievales, y, en suma, a abrir de par en par el portón de la modernidad que otros pronto continuaron y completaron.

El saber teórico antes de Colón

Antes de que el descubridor de América viera la luz de este mundo en 1451, era cosa unánimemente aceptada, desde el punto de vista académico, que la *tierra era esférica.* Tal creencia no sólo no admitía discusión entre expertos, sino ni tan siquiera entre simples aficionados a la geografía, cosmografía o astronomía. Sin embargo, en lo tocante a la configuración del globo terráqueo, a la distribución de tierras y mares, a las dimensiones de océanos y continentes, a la habitabilidad o no de algunas zonas, a la fantasía literaria de los antípodas, de ciertos lugares bíblicos o de islas misteriosas sembradas en el océano desconocido existían no pocas discrepancias agrandadas con el paso del tiempo y los avances náuticos.

La teoría se confirma o rectifica con la práctica. Y en este sentido, el siglo XV y la época de los grandes descubrimientos geográficos de portugueses y españoles significaron una conjunción armoniosa entre lo que se sabía o creía y la experiencia de unos hombres temerarios llamados descubridores.

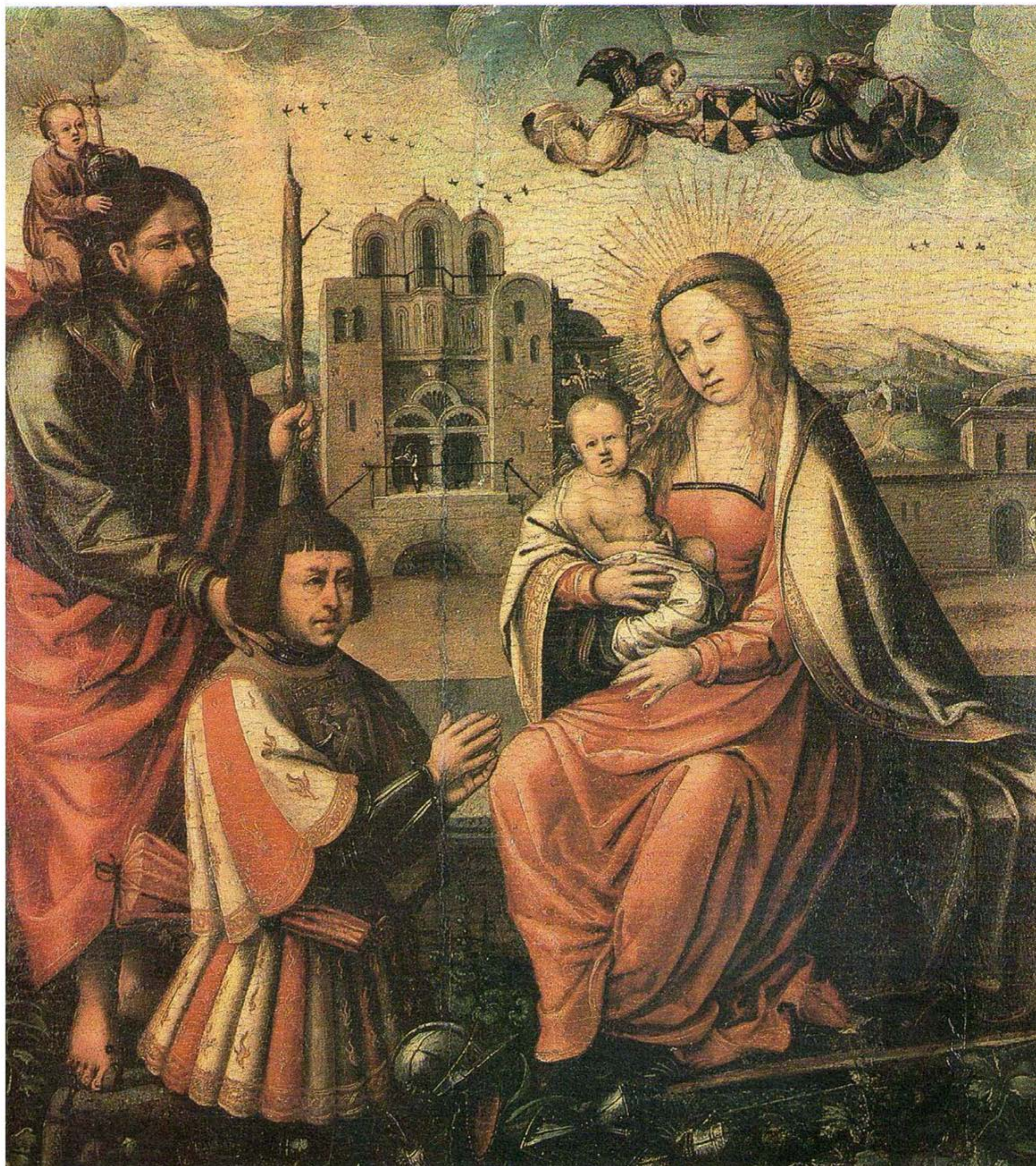
El mundo intelectual de los grandes navegantes —Colón, entre ellos— era como un cajón de sastre donde todo cabía y se adobaba con ilimitada credulidad y grandísima ignorancia. Las fuentes de conocimiento tenían diversas procedencias, entre las cuales merecen detacarse por su enorme pujanza las siguientes:

a) *La tradición científica clásica.*—Hasta bien entrado el siglo XV, la autoridad científica de los antiguos griegos y romanos era prácticamente incontestable en casi todas las ramas del saber. Excepto en materia religiosa, era tanta la reputación de superioridad adquirida que pocos se atrevían a rectificar sus obras. Si acaso, las adaptaban o comentaban y alguna vez las completaban. Este respeto ciego fue también durante mucho tiempo una barrera para el progreso de la ciencia.

Un ejemplo singular de lo dicho fue el caso de Claudio Ptolomeo (siglo II d. C.). Heredero de la avanzada escuela de Alejandría y el mejor recopilador de los conocimientos geográficos, de cosmografía y astronómicos griegos (Eratóstenes, Hiparco, Marino de Tiro y Estrabón), escribió —entre otras— dos obras de gran trascendencia posterior: un tratado de *Astronomía,* el *Almagesto* árabe, que llegaría al mundo cristiano a través de una traducción hecha en Toledo y conformó la concepción que se tuvo del universo hasta Copérnico. La gran popularidad y difusión de esta obra en la Europa cristiana se debió en gran parte al extracto hecho por Sacrobosco a mediados del siglo XIII en su obra *De Sphaera Mundi.*

La otra gran obra de Ptolomeo fue su *Geografía,* llegada a Europa a través de una traducción directa del griego al latín hecha en 1406. En esta obra se contenían algunos errores de cálculo de enorme trascendencia. Ptolomeo aceptó de sus antecesores que la circunferencia de la tierra se dividía en 360 grados, pero asignaba al grado unas medidas inferiores a las reales, produciendo un achicamiento de la tierra de más de una cuarta parte (de los 29.000 kms. de Ptolomeo a los 40.000 reales). Además, cometió el error de prolongar Asia en dirección Este mucho más de sus dimensiones reales, asignando al mundo conocido y habitado desde Canarias al Extremo Oriente 180 grados en lugar de los 130 grados reales. Con esto reducía sustancialmente la extensión de las

La Virgen de Cristóbal Colón *(pintura de la primera mitad del siglo XVI, Museo Lázaro Galdiano, Madrid). Al fondo aparece, en construcción, la catedral de Santo Domingo*



partes desconocidas del mundo entre el extremo Este de Asia y la parte más occidental de Europa. Para Ptolomeo, Africa no era tierra abierta por el Sur, sino que enlazaba con una *terra incognita* meridional que se unía con la asiática, convirtiendo al océano Indico en un mar cerrado. Sugería también que la zona tórrida era inhabitable.

Durante el siglo XV, la geografía de Ptolomeo resurge con fuerza y prepara a Europa para explorar el mundo. Gran divulgador y recopilador de la obra del geógrafo clásico fue Eneas Silvio Piccolomini, después papa Pío II. En su obra *Historia rerum ubique gestarum* recoge su herencia sin que falte ya un gran espíritu crítico. Sostenía que Africa podía circunnavegarse, creencia que a mediados del siglo XV era muy aceptada.

b) *La tradición cristiana.*—Los geógrafos cristianos, sobre todo de la Alta Edad Media, olvidaron a Ptolomeo y adaptaron la geografía a la Biblia. Representaban los mapamundos con su Jerusalem en el centro y los continentes de forma simétrica.

Bajo el condicionante de la fe, los geógrafos cristianos se sintieron en la obligación de localizar en un mapa cada uno de los parajes bíblicos que aparecían en las Sagradas Escrituras. Obsesión preferente sería poder encontrar sitio real al Paraíso Terrenal y sus alrededores, a Tarsis, al Ofir, al reino de Saba, etc. Para no defraudar a nadie, los que de esto escribían apuntaban el Extremo Oriente, siempre tan impreciso como lejano, y que era tanto como no decir nada; o, si se prefiere, era una manera de alimentar la esperanza del creyente, pero nada más.

Igualmente sugestivo resultaba para el cristiano medieval el peligro que, según pasajes de la Biblia, llegaría un día procedente de las tierras de Gog y Magog. Si se localizaba el Paraíso en el Extremo Oriente, a estos posibles invasores bárbaros se los situaba en el extremo norte. Para algunos estudiosos era evidente que cuanto más se avanzara en el conocimiento de la geografía mejor se podría localizar y, con ello, prevenir una amenaza que se sentía muy próxima.

El siglo XII, con el fracaso de las Cruzadas y el resurgir del Islam, dio origen a una de las leyendas más atractivas y de más arraigo durante toda la Edad Media: la del reino del *Preste Juan*. Decíase de este personaje que moraba en su lugar extenso y poblado de las Indias, que su poder era tal que había vencido al Islam; contaban y no acababan de sus inmensas riquezas y, además, era cristiano. Fue una idea viva con la que soñaron misioneros, caballeros y navegantes.

También desde antiguo preocupó el problema de los *antípodas*. Santos y muy venerables padres de la Iglesia, cuya autoridad nadie puso en duda durante siglos (San Agustín, San Isidoro, Beda el Venerable, etcétera.) los rechazaban. Incluso llegó a considerarse doctrina *perversa y peligrosa*. Si se aceptaba la teoría clásica de que la parte habitable de la tierra quedaba limitada por dos zonas infranqueables, la polar al Norte y la tropical de calores ardientes al Sur, admitir la existencia de los antípodas era negar la unidad del género humano, es decir, que tales habitantes fueran descendientes de Adán y Eva. En consecuencia, todo cristiano que se preciase debía rechazar la existencia de esos desgraciados seres que estarían *suspendidos cabeza abajo*.

Esta tradición cristiana sometiendo la geografía y cosmografía a los dictados del dogma se quebró en el siglo XIII. Sacrobosco, Rogerio Bacon y Pierre d'Ailly —por citar casos relacionados con lo que tratamos- son ejemplos de ese ensanchamiento cultural en el que mucho tuvo que ver la labor difusora de árabes y judíos. Los tres autores desarrollaron su actividad intelectual en la Sorbona, universidad que tenía una relación muy directa con la Escuela de Traductores de Toledo.

Sacrobosco (mediados del siglo XIII) descubre a Ptolomeo a través de Alfragano, estando más cerca de éste que de aquél en lo referente a los cálculos de las dimensiones de la tierra.

Rogerio Bacon, unos pocos años después, sugiere que Asia y Africa se prolongan más al Sur, a la vez que defiende, entre otras cosas, que la zona tórrida era habitable.

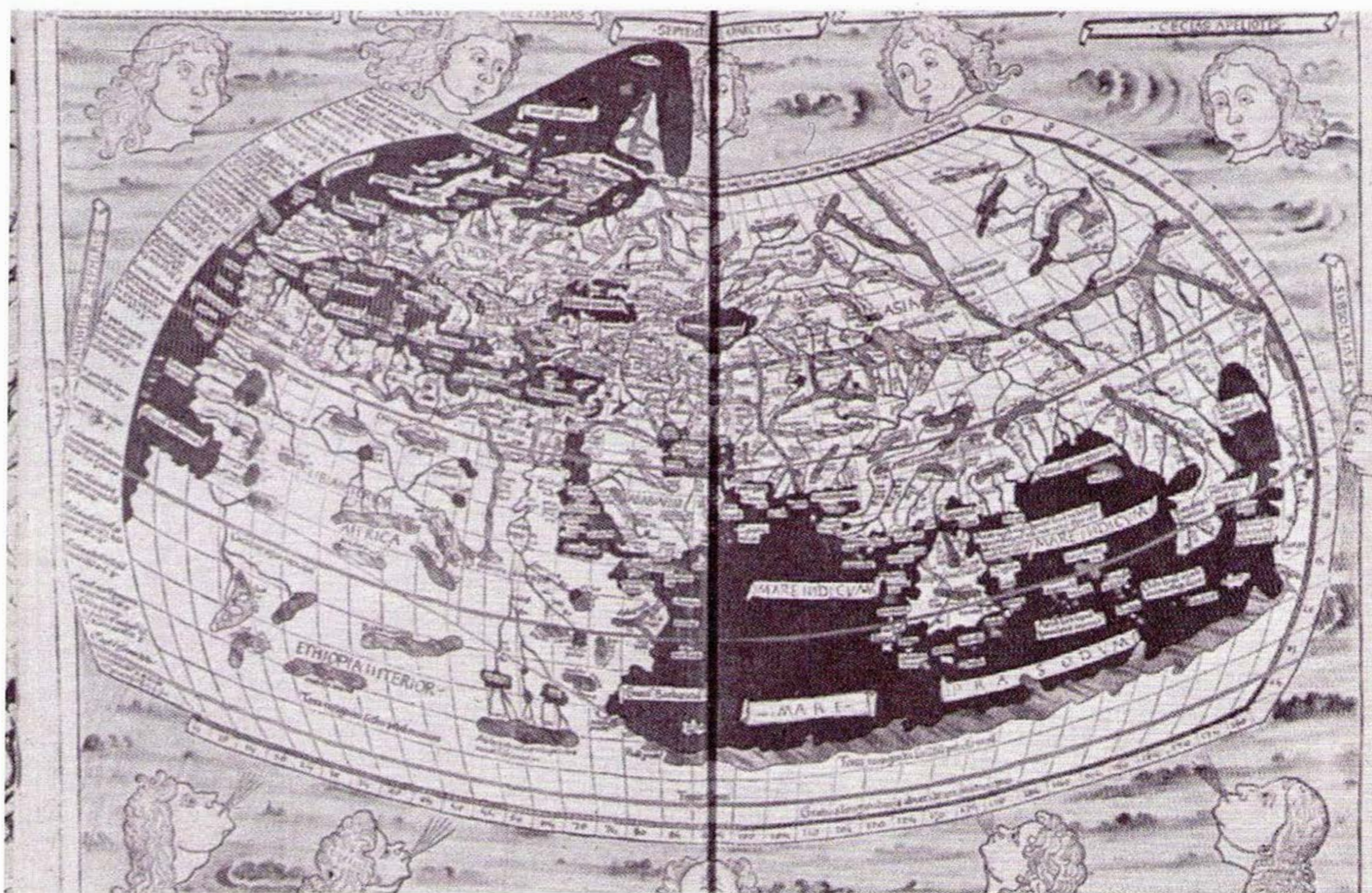
Más importante, por la influencia que ejerció en el proyecto colombino, fue el cardenal francés Pierre d'Ailly. Su obra *Imago Mundi* (1410) era un compendio de erudición bíblica, clásica y árabe; una especie de enciclopedia del saber de su época. Recoge y adorna las consabidas fábulas y viejas leyendas, al igual que toda la literatura y localización de los clásicos parajes bíblicos. Saca a colación dudosas teorías del falso profeta Esdrás para el que el mundo se dividía en siete partes, seis de las cuales eran de tierra y una sola de agua. Defiende que la franja de mar que separaba el extremo oc-

cidental europeo de las costas más orientales de Asia podía ser navegada en unos pocos días si el viento era favorable. En suma, poco nuevo, pero Colón se aferró a ello con toda su fuerza porque era lo que mejor se ajustaba a su proyecto de atravesar el Océano y llegar a las Indias por la vía de Occidente.

c) *Literatura fantástica del Océano.*—Credulidad y falta de sentido crítico eran el mejor caldo de cultivo para que el error, las fábulas, las leyendas y la superstición crecieran y se multiplicaran.

sino que deshizo supersticiones y fantasías sin cuento.

Desde la Antigüedad se venía creyendo que en regiones lejanas del mundo habitado y conocido existía un mundo de monstruos donde no faltaban animales fantásticos como el basilisco, el grifo, el Ave Fénix, dragones, sirenas y bestias marinas que atrapaban y hundían las naves. Tampoco faltaban *razas monstruosas* como las guerreras amazonas; antropófagos; pigmeos; hombres cíclopes, unos con un ojo y otros con cuatro; hombres descabezados, con los ojos y



Atlas ptolemaico, impreso en 1482, en Ulm, que representa a toda la tierra conocida (Museo Naval, Amsterdam)

Hasta el siglo XV, el *Océano o Mar Tenebroso* se había convertido en una barrera física y psicológica. Salvar el cabo de Nun había acuñado una frase expresiva entre los navegantes portugueses: *Quien va al cabo de Non o tornará o non.* Pero sería el cabo Bojador, también llamado cabo del Miedo, el que hiciera de frontera por el sur durante más tiempo. Salvarlo fue una de las mayores proezas de la época de los descubrimientos, y al hacerlo Gii Eanes en 1434 no sólo superó una zona de mar dificilísima,

la boca en medio del pecho; hombres cinocéfalos, con cabeza de perro; hombres hipópodos, con pezuña de caballo; hombres con labios enormes que replegados les servían de sombrilla, etcétera.

Bajo el encanto de una literatura así que los Mandeville de turno o viajeros de oídas brindaban a todo aficionado a la aventura, no debe extrañar que cualquier navegante con imaginación de época tratara de relacionar lo que veía por sus ojos con lo que había leído o le habían contado. Es sintomáti-

co que Colón en su famosa carta anunciando el Descubrimiento proclamara que no había encontrado monstruos, o que aquellas tres *sirenas* que*vio* en el mar eran menos bellas de lo que se las solía pintar, e incluso que los indios no tenían nada de seres extraños o monstruosos

Ese Océano del miedo o Mar Tenebroso fue el escenario propicio para muchos relatos sobre islas y parajes fantásticos con arraigo hasta bien entrada la Edad Moderna. Las leyendas de la *isla de San Brandán,* de la isla *Antilla* y hasta de las *Siete Ciudades* pertenecían al género de islas perdidas que tan pronto aparecían como desaparecían, según el creer de los navegantes. Estaban dentro de la tradición de islas paradisíacas, de infinitas delicias que mezclaban reminiscencias de las islas de los Bienaventurados con fantasías orientales de las Mil y Una Noches. igualmente respondían a los sueños cristianos del Paraíso Terrenal. Su fuerte arraigo las hizo aparecer en la cartografía durante varios siglos.

d) *Relatos de viajeros.*— A caballo entre la literatura y la experiencia directa, tienen la fuerza de lo vivido, aunque sin abandonar —unos más que otros— lo fantástico.

Colocado en lugar preeminente siempre estará *Marco Polo,* ese avispado veneciano que, tras su viaje al imperio del Gran Jan entre 1271-1295, nos dejó el relato de su aventura en su famoso *Libro de las cosas maravillosas.* Las riquezas de Oriente, la corte del Gran Jan, el Catay, el Cipango, las especias, las perlas, el Preste Juan brotan de la pluma de *Marcus il Milione* con una fuerza y viveza capaz de hacer soñar a cualquiera. En el siglo XV su libro será fuente informativa lo mismo para hombres de ciencia que para cartógrafos y navegantes. En 1492, Colón buscaba al deslumbrante y asombroso Catay, el mundo refinado y rico que a finales del siglo XIII había descrito Marco Polo.

Mención especial merecen también esos frailes viajeros, sobre todo franciscanos, que movidos por un renovado y pacífico afán evangelizador y de amor a la naturaleza recorren medio mundo y transmiten noticias y experiencias que pronto se divulgan. *Pian de Carpine,* a mediados del siglo XIII, da referencias muy acertadas sobre las costumbres de los mongoles y del Preste Juan, verdadera obsesión para todos ellos. *Rubruk,* por las mismas fechas, hace lo mismo, aunque con mayor fantasía. *Juan de Montecorvino* llegará a ser nombrado arzobispo de Cambaluc (Pekín). Y *Oderico de Pordenone,* a principios del siglo XIV, abunda en detalles pintorescos sobre la vida china que Marco Polo había silenciado.

Además de misioneros, debieron ser numerosos los mercaderes europeos que llegaron a China, aunque falten sus relatos al estilo de los de Marco Polo. Propiciaba este intercambio la excelente organización del Imperio Mongol, su receptividad y tolerancia para con los demás pueblos.

En la misma línea de grandes viajeros cuyos relatos llegarán a Europa, destacan algunos árabes y judíos. Entre los árabes, *Ibn Battuta* (mediados del siglo XIV) se lleva la palma. Tras veinticuatro años de viajes, recorrió todo el mundo musulmán, llegó hasta China e Insulindia y penetró en el interior de Africa. *Benjamín de Tudela,* por citar un ejemplo judío (fines del siglo XII), visitó China y Ceylán. La tradición viajera de estos pueblos explica su interés por la geografía y la cartografía.

Necesidad europea de descubrir

Cuando todo iba viento en popa y Occidente empezaba a ilusionarse con ese señuelo de riqueza que era el Catay o Cipango, cuando la vida europea se había acostumbrado a las especias y algunos también a la seda, a las perlas y a otros productos exóticos del lejano Oriente, cuando las caravanas que portaban esos productos —caros, muy caros, eso sí— llegaban con regularidad y los mercaderes, aventureros y misioneros saboreaban las ventajas de la *pax mongólica* con unas facilidades de tránsito y actuación nunca vistas, cuando algún nostálgico de las Cruzadas se figuraba al Preste Juan ya cristiano y a los mongoles bautizándose en masa, cuando todos se las prometían muy felices sucedió la crisis y disolución del imperio mongol en 1368. La nueva dinastía china Ming cerró sus fronteras a todo lo extranjero, mientras los tártaros, a lomos de sus caballos, se revolvían en plena desintegración y anarquía llevando la inseguridad a tráficos y personas.

El intento de Tamerlán de reconstruir el imperio que fundara Gengis Jan, y en parte logrado al reunificar bajo su mando desde Rusia a Persia y Turquía, terminó con su muerte en 1405. A partir de esos momentos, los turcos, esos fanáticos guerreros seminómadas que representaban el renacer ofensivo del Islam, se apoderan del cercano Oriente

Los hermanos Polo salen de Venecia con dirección a Catay (miniatura de un manuscrito de El Millón, *Biblioteca Bodleyan, Oxford,* arriba). *Colón expone sus proyectos descubridores a los monjes de La Rábida (fresco de Vázquez Díaz)*

cerrando aún más la comunicación entre Asia y Europa. La caída de Constantinopla en 1453 tuvo repercusiones inmediatas en todos los campos. Pero en el plano económico demostró lo inestable y costoso que era para el comercio cristiano depender de una sola ruta en los intercambios con Oriente.

Donde una puerta se cierra otra se abre, cantan en Castilla. Y en lo tocante a la tarea de descubrir, la frase tiene pleno sentido. Los portugueses fueron los primeros y optaron, de la mano de Enrique el Navegante, por la ruta de costear Africa con la esperanza de encontrar un paso al sur que comunicara el Océano con el mar Indico y con la India.

Castilla por su parte, bajo la iniciativa de Colón, propondrá después la vía de poniente, una ruta nueva de verdad, más arriesgada e incomparablemente mucho más incierta a los ojos de todos.

Empresa por empresa, la de Africa, aun teniendo que contradecir a Ptolomeo, ganaba partidarios a medida que avanzaba el siglo. El famoso planisferio de Fra Mauro, realizado en 1459, reflejaba cartográficamente que Africa, reducida a una gran península, podía circunnavegarse. Este y otros mapamundos de la época debían recoger ya algunos informes o sugerencias de última hora, como la del mercader veneciano Nicolo de Conti, protagonista entre 1419 y 1444 de una fantástica aventura por el extremo Oriente y el mar Indico, que relata por escrito.

En 1488, Bartolomé Díaz doblaba el cabo de Buena Esperanza, demostrando que Ptolomeo estaba equivocado. Y para cerrar el siglo, Vasco de Gama culminaba en Calcuta el sueño portugués de llegar a la India. Rectificar los errores geográficos al otro lado del Océano por la vía de Poniente era un privilegio reservado a un hombre llamado Cristóbal Colón.

Colón y la empresa de las Indias

Nació en una modesta familia de laneros y tejedores afincada en la mercantil y muy marinera ciudad de Génova allá por el año 1451. Otros dicen que era mallorquín, catalán... y que tenía sangre judía en sus venas. Fueron sus padres Doménico Colombo y Susana Fontanarrosa —nombre éste con sabor judaico—. Y de los cinco hijos habidos en ese matrimonio Cristóbal y Bartolomé Colombo o Colón tuvieron pronto vocación marinera. El ambiente genovés sin duda fomentaba esa inclinación.

Era Génova una república italiana que respiraba mar por doquier. Su riqueza y dominio, la gran potencia que llegó a ser se apoyaba en un puerto y en una flota siempre activos. El comercio y la guerra como medio de defender o ampliar sus actividades mercantiles frente a rivales de la talla de Venecia o Aragón fue el pan de cada día para todo genovés. Cualquier muchacho en tales circunstancias, y más si el hambre o la posición social presionaba, soñaría con hacer carrera en el mar.

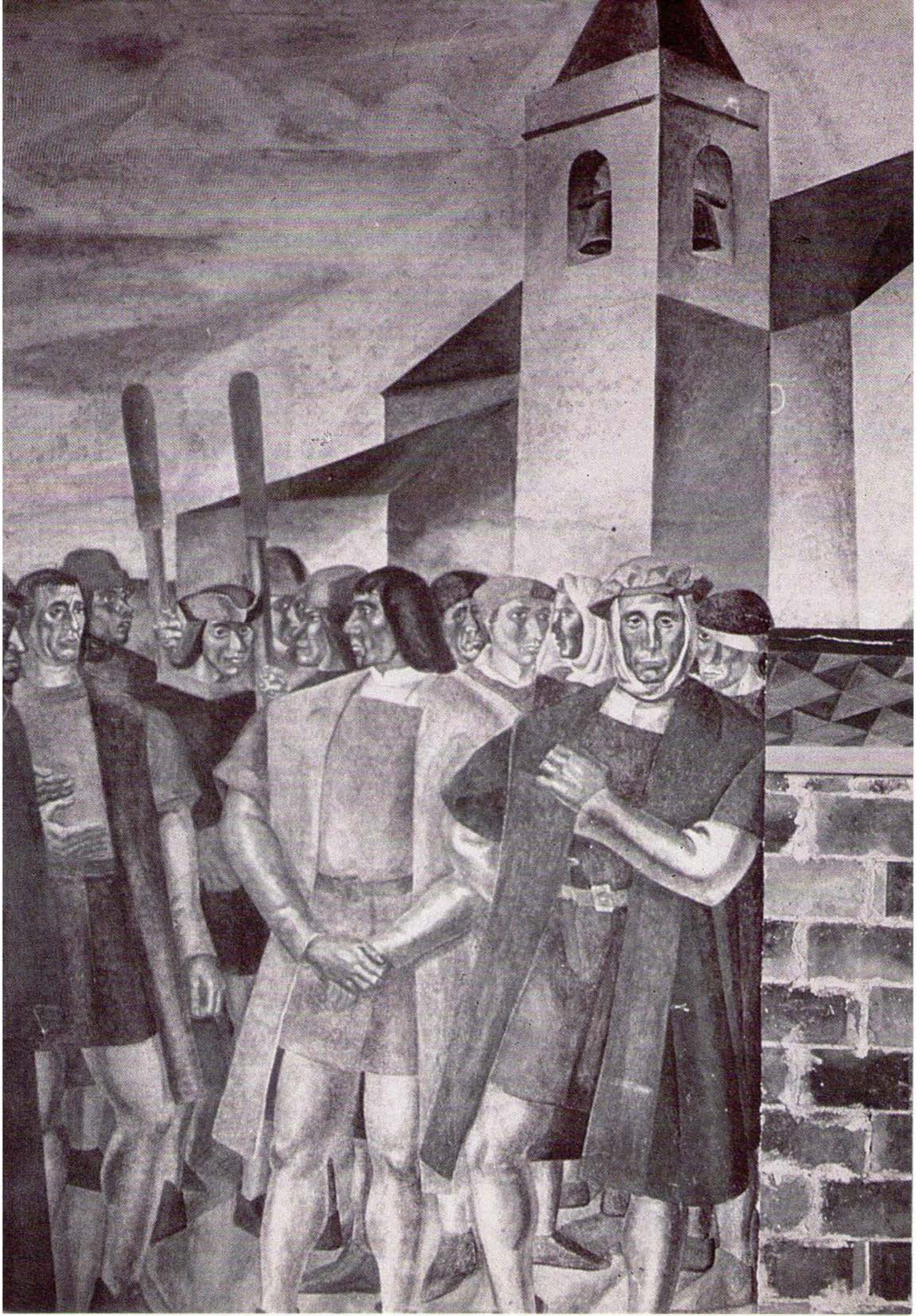
De muy pequeña edad entré en la mar navegando, e lo he continuado fasta hoy... Ya pasan de cuarenta años que yo voy en este uso. Todo lo que fasta hoy se navega, todo lo he andado. Son palabras ciertas de Colón escritas en 1501.

Su escuela y su universidad fueron las galeras genovesas surcando el Mediterráneo en todas direcciones. Primero como grumete, como marinero a partir de los 15 ó dieciséis años, y entre los veinte-veintidós con responsabilidad de mando en barco.

Según soplaran los vientos de la paz, la guerra o la necesidad, se le puede ver frecuentando las principales rutas mercantiles desde la Península Ibérica hasta la isla de Quíos, en el mar Egeo, al servicio de reputadas firmas comerciales genovesas.

También se le puede ver ocupado en algún lance bélico como el que enfrentaba a Renato de Anjou con el rey de Aragón por la sucesión a la Corona de Nápoles. Su participación fue tan señalada que en el asedio de Barcelona por los de Anjou (1472) se le encargó capturar la galera aragonesa Fernandina, que se encontraba en Túnez. Y su capacidad como navegante (a sus veintidós años) era ya tan destacada que, ante la negativa de la tripulación a cumplir la orden por el riesgo que ello entrañaba, engañó a todos durante la noche modificando el rumbo de la aguja, de forma que a la mañana siguiente *nos hallamos dentro del cabo de Cartagena, estando todos en concepto firme de que íbamos a Marsella.* Pocos hechos tan expresivos como éste de la personalidad colombina.

Marineros de Palos se alistan para participar en el viaje descubridor (Mural de las levas, por Vázquez Díaz)



Por último, no se descarta, ni muchísimo menos, que, entre las actividades de estos años, ejerciera de corsario al amparo de tantos conflictos y guerras entre vecinos. Era ésta una actividad reconocida hasta en los tratados internacionales, y muy lucrativa.

En el Mediterráneo aprendió a ser hombre práctico, autodidacta, gran observador de vientos y corrientes, de tierras y costas; buen conocedor de las técnicas marineras al uso y siempre diligente en su trabajo. Pero el navegante que soñara con descubrir una nueva ruta para llegar a las Indias, nació en el Atlántico, de la mano y experiencias portuguesas.

El proyecto descubridor

Aunque es muy poco lo que se sabe de la etapa portuguesa de Colón —casi diez años—, nadie duda que fue trascendental, pues allí gestó su magno proyecto de atravesar el Océano por la vía de poniente.

Cuentan los cronistas que escribían cuando don Cristóbal era ya almirante que éste llegó a las costas del sur de Portugal —Lagos— después de un durísimo combate naval que tuvo lugar el 13 de agosto de 1476, cerca del cabo de San Vicente. Incendiado su barco, logró salvar la vida echándose al agua y nadando hasta la costa con la ayuda de un remo. Repuesto en Lagos del suceso, marchó después a Lisboa, donde empezó a rehacer vida y hacienda. Y a tenor de la actividad comercial desarrollada durante los años siguientes, bien que logró *acreditarse y restaurarse*. En 1477, viajaría hasta Inglaterra e Islandia, y en el 78 desarrolló gran actividad entre Lisboa y el archipiélago de Madera. Su casamiento con la noble portuguesa Felipa Moñiz le ayudó a moverse como *vecino y cuasi natural de Portugal*.

Entre los años 1477 y 1480, años en que Colón realizó frecuentes viajes a las islas Madera, Azores y Canarias, algo trascendental le sucedió a nuestro mercader-navegante afincado en Portugal; algo repentino e insospechado que él califica de *milagro evidentísimo*. *Me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable a que era hacedero navegar de aquí a las Indias, y me abrió la voluntad para la ejecución de ello. Y con este fuego vine a Vuestras Altezas.*

Los defensores del predescubrimiento de América sostienen que ese algo trascendental, repentino y milagroso que le sucede a Colón en cualquier momento de estos años fue que alguien, con conocimiento de lo que decía, le informó de la existencia de unas tierras al otro lado del Océano. Tal información aportaba detalles bastante ajustados sobre algunas islas y sus naturales, sobre ciertos parajes y, especialmente, sobre distancias. Ese alguien fue, según unos, un piloto portugués o castellano que al regresar de Guinea se vio impulsado por alguna tormenta hasta las Antillas. Tras un tiempo allí, regresó, encontróse con Colón, le informó y murió. Según otra teoría, la información colombina procede no de un europeo sino de algún grupo indígena que en un desplazamiento por las Antillas se vio obligado a desviarse Océano adentro hasta encontrarse con Colón. Ambas teorías coinciden en señalar que tal encuentro debió producirse a bastantes leguas al Oeste de las Canarias, Azores o Madera, en una zona que por aquel entonces frecuentaba nuestro mercader.





Cristóbal Colón parte del puerto de Palos de Moguer (de la Historia de España, *de Morayta)*

Aceptado esto, adquieren pleno sentido las palabras colombinas citadas anteriormente: Nuestro Señor le abre el entendimiento con mano palpable, es decir, le hace conocer algo que alcanza la categoría de *milagro evidentísimo*. Ese algo repentino es que se puede navegar hasta las Indias. Y no solamente se lo hace comprender, sino que, acto seguido, le *abre la voluntad para la ejecución dello*, le da lo necesario para llevarlo a la práctica. Y fue tanto que esa idea se convirtió en *fuego* dentro de él. El Cristóbal Colón mesiánico, fuertemente convencido de ser el elegido de la Providencia, el instrumento divino para llevar a cabo la empresa de las Indias empieza ahora. Con este secreto en su magín y Dios a su favor nada ni nadie le hará desistir.

Para un hombre que de práctica marinera andaba muy cumplido, más no así de saber teórico, su mayor dificultad sería cómo articular un proyecto descubridor que rompía con la ciencia de su tiempo y, acto seguido, cómo defenderlo ante expertos. Tenía que demostrar su viabilidad para que algún príncipe lo respaldara con dinero y con hombres. Y hubo de hacerlo primero ante los

portugueses, los más avanzados en este campo, y ante los castellanos después que no iban muy a la zaga. Unos y otros dictaminaron siempre en su contra.

Metido con urgencia en un aprendizaje acelerado, Colón maneja durante estos años principalmente tres obras o fuentes: la *Historia Rerum Ubique Gestarum,* de Eneas Silvio Piccolomini; la *Imago Mundi,* de Pierre d'Ailly; y la *Correspondencia y Mapa* que en 1474 envía Toscanelli al rey de Portugal a través de su amigo el canónigo lisboeta Fernando Martins.

Del sabio florentino Toscanelli recoge Colón las referencias que aporta, siguiendo a Marco Polo, sobre el Cipango, isla distante del Continente 1.500 millas o 375 leguas, y también de la tierra firme asiática dominada por el Gran Jan (Catay, Mangi y Ciamba). Sin embargo, no está de acuerdo con las medidas que asigna al Océano: casi el doble que las que asigna Colón. Por lo tanto, en este punto capital, Colón sabe que está equivocado. De ahí que el proyecto colombino sea parecido al de Toscanelli, pero no igual. Los portugueses, tras estudiar la información del sabio florentino, la rechazaron y archivaron.

Los otros autores, sobre todo d'Ailly, brindan al futuro descubridor algunos detalles del máximo interés: las dimensiones del Océano deben reducirse; y, de creer al pseudo profeta Esdrás, ocupa tan sólo una séptima parte, por lo que será perfectamente navegable. Esto sí que le interesa. Como igualmente le agrada leer todo lo que cuenta sobre los lugares bíblicos (Paraíso Terrenal, Tarsis, Ofir, Reino de Saba, etcétera), sobre las Amazonas, etc. Tras el triunfo de 1492, Colón, con la autoridad que le da sentirse instrumento divino, situará sobre el mapa de América —que para él es lo más extremo del Oriente— cada una de estas cosas.

Para estar preparado ante cualquier comisión de expertos, hace mediciones por su cuenta. Va y viene de Guinea, y en sus comprobaciones sobre los cálculos de un grado terrestre coincide con Alfragano: 56 millas y 2/3. Por tanto, la circunferencia del Ecuador sería de 20.400 millas ó 5.100 leguas (1 legua=4 millas). Precisión casi absoluta en el sabio árabe: unos 40.000 kilómetros para la circunferencia del Ecuador, porque utiliza la milla árabe de casi 2.000 metros. Sin embargo, Colón achica la esfera terrestre y da al Ecuador una medida de unos 30.000 kilómetros, es decir, 1/4 menor, porque está manejando la milla itálica (casi 1.500 metros).

Cuando tuvo que defender este proyecto ante los portugueses (1483-84), éstos se lo rechazaron. De mediciones y de cálculos reales, lo mismo que sobre Toscanelli, ellos sabían mucho más que Colón. No les aportaba nada nuevo y encima exigía mucho. Así que Colón tenía que buscar otro príncipe que lo respaldara.

Castilla y las Capitulaciones de Santa Fe

Con mucho en contra, pero sin faltarle tenacidad y fe en sí mismo, llegó a Castilla a principios de 1485. *Siete años estuve yo en su real corte, que a cuantos se habló de esta empresa todos a una dijeron que era burla.* No todos, habría que matizar.

Tras ser recibido por los Reyes Católicos el 20 de enero de 1486, éstos nombraron una junta de expertos en la que hubo letrados, astrónomos, cosmógrafos, astrólogos y navegantes con el fin de valorar el proyecto descubridor del extranjero. Sucedió que, también aquí, al igual que en Portugal, la ciencia fue contraria.

El futuro descubridor se esforzaba —dice Las Casas— *dando razones y autoridades para convencer a los oyentes, aunque callando las más urgentes.* Proclamaba lo que todo el mundo sabía, e incluso discrepaba de algunas autoridades casi intocables, sin que él aportara razones de peso, sus razones ocultas. Le *volaron la palabra* una y otra vez, y todos *concordaban que era imposible ser verdad lo que el Almirante decía.* Entiéndase: todos los expertos, porque otros que no eran tales, pero sí muy influyentes, creían a este extranjero y lo apoyaron.

Soledad, angustia y mucha necesidad fueron notas características colombinas entre los decisivos años de 1487-88. La indecisión de los reyes, pendientes de la evolución que seguía la guerra granadina, lo retuvo largas temporadas entre Córdoba y Sevilla. En Córdoba alivió su soledad uniéndose a Beatriz Enríquez de Arana, una joven de humilde procedencia que el 15 de agosto de 1488 fue madre de Hernando Colón.

De Portugal le llegaba la inquietud: una carta del rey vecino, toda cortesía y amabilidad, le transmitía el interés regio por entrevistarse con él. Meses después el mundo se enteraba de la hazaña de Bartolomé Díaz doblando el cabo de Buena Esperanza.

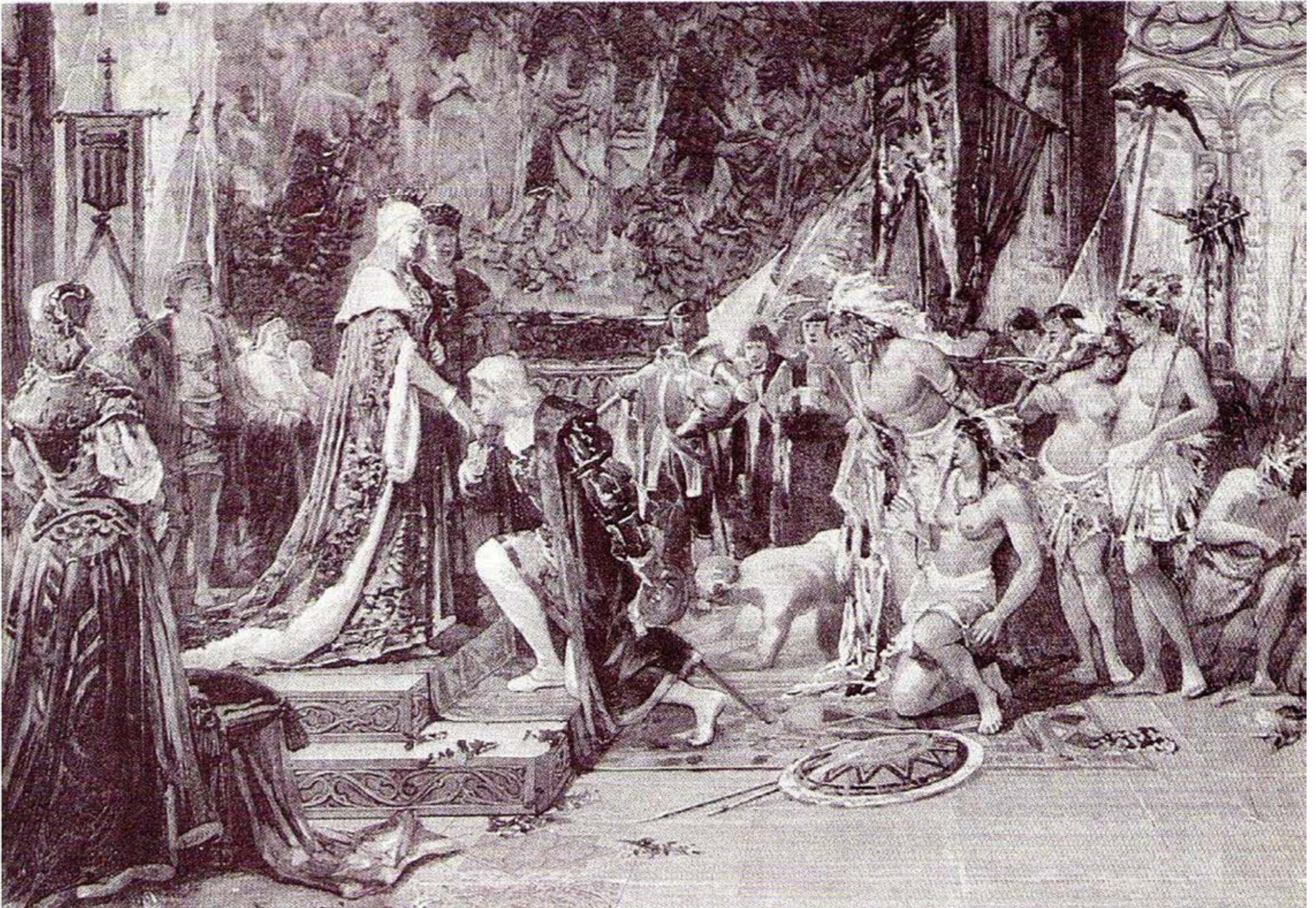
Y entre espera y espera, la necesidad que acuciaba. Para sobrevivir tuvo que dedicarse a trabajar con sus manos, a su saber y buen ingenio pintando *cartas de marear* o portulanos que vendía a los navegantes, y a *mercader de libros de estampa,* es decir, libros de imprenta.

La esperanza que le mantenía no era la voz de la ciencia, sino el apoyo de sus amigos. Los mayores y más constantes benefactores del genovés fueron frailes con influencia ante los reyes. El franciscano fray *Antonio de Marchena,* buen astrólogo, y el dominico fray *Diego de Deza,* maestro del príncipe don Juan y confesor del rey, destacaron desde un principio por su apoyo incondicional. Se sospecha que Colón les pudo contar cuanto sabía, sin trabas de ninguna clase, bajo secreto de confesión.

Otro franciscano de La Rábida y dicen que confesor de la reina, fray *Juan Pérez,* fue decisivo durante los años 1491-92. Tras retener a Colón en la Rábida cuando éste se disponía a abandonar España en busca de otro príncipe, visitó a la reina y la convenció para que mandase reconsiderar el plan colombino.

Además de religiosos, también apoyaron al futuro descubridor algunos poderosos cortesanos como Luis de Santángel, Juan Cabrero o Gabriel Sánchez, aragoneses ellos y muy activos en los últimos momentos de la negociación.

En suma, habló la ciencia, dijo cuanto tenía que decir —en contra siempre, por supuesto— sobre las *imaginaciones* colombinas, y de nada sirvió. Al final, fueron los Reyes, especialmente el monarca aragonés, los que con una decisión exclusivamente personal y saltándose ciencias y saberes establecidos apostaron por la aventura oceánica.



Colón se entrevista con los Reyes Católicos tras regresar de su primer viaje a las Indias (grabado del siglo XIX)

De igual manera se resolvió en aquella hora final otro de los escollos que había estado flotando desde un principio, y que Las Casas nos relata así: *hacía más difícil la*

aceptación de este negocio lo mucho que Cristóbal Colón, en remuneración de sus trabajos y servicios e industria, pedía. Era el precio que Colón ponía al Descubrimiento . Y, muy a pesar de los monarcas, se aceptó. Al documento —contrato— donde quedan bien claras las condiciones a que se obligan ambas partes —Corona y Colón— se le conoce como *Capitulaciones de Santa Fe.* Fueron firmadas el 17 de abril de 1492, después de una cuidadosa elaboración encargada al secretario aragonés Juan de Coloma y al religioso fray Juan Pérez, en representación respectivamente de los reyes y de Colón.

El documento tiene dos partes: un preámbulo que afecta al descubridor y, en segundo lugar, los cinco puntos siguientes que afectan a los reyes. El preámbulo ha dado mucho que hablar porque es curioso por demás. Dice así: «*Vuestras Altezas dan e otorgan a don Cristóbal Colón en alguna satisfacción de lo que* ha descubierto *en las Mares Océanas y del viaje que agora, con el ayuda de Dios ha de fazer por ellas en servicio de Vuestras Altezas, son las que se siguen.*»

Se destaca el *ha descubierto* porque no es un error en lugar de *ha de descubrir* como algunos habían creído. Los que aceptan el predescubrimiento consideran que ésta es una prueba documental contundente. La explicación correcta de este término, y por tanto del preámbulo, era que Colón se atribuía descubrimientos y navegaciones por el Océano anteriores a 1492. Como fue el primero (cristiano) que lo navegó y descubrió podía tomar posesión y reservárselo. Sin embargo, al no poder dominarlo por falta de recursos busca unos reyes que lo respalden. Una vez encontrados (Reyes Católicos), les transfiere a ellos la posesión o señorío y estos, a partir de ese momento, pasan a ser señores de las mares océanas y, por lo tanto, pueden corresponder dándole lo siguiente:

1.° El oficio de almirante de la mar océana en todo lo que se descubra o gane. Este oficio será vitalicio y hereditario, equiparando en todo a sus titulares con el almirante mayor de Castilla, don Alfonso Enríquez.

2.° Los oficios de virrey y gobernador en todo lo que él descubra o gane. No se habla de hereditariedad. Para cubrir los cargos, se le reconoce el derecho a proponer terna a los reyes para que éstos escojan.

3.° La décima parte de todas las ganancias que se obtengan dentro de su almirantazgo.

4.° Este capítulo nunca se cumplió, pues estaba condicionado a los precedentes castellanos y aquí no se dieron. Colón pretendía resolver personalmente o a través de sus representantes todos los pleitos derivados del tráfico con las nuevas tierras.

5.° El derecho a contribuir, si así lo deseare, con la octava parte de los gastos de cualquier armada, recibiendo a cambio la octava parte de los beneficios.

Pocos días más tarde (30 de marzo) recibiría otro documento (éste no era contrato, sino merced, y por tanto revocable) por el que se daba carácter hereditario a los oficios de virrey y gobernador. También se le concedía el tratamiento de *don* (privilegio sólo de nobles muy relevantes). Resueltas las compensaciones que llamamos privilegios colombinos, sonó la hora de descubrir.

El gran viaje

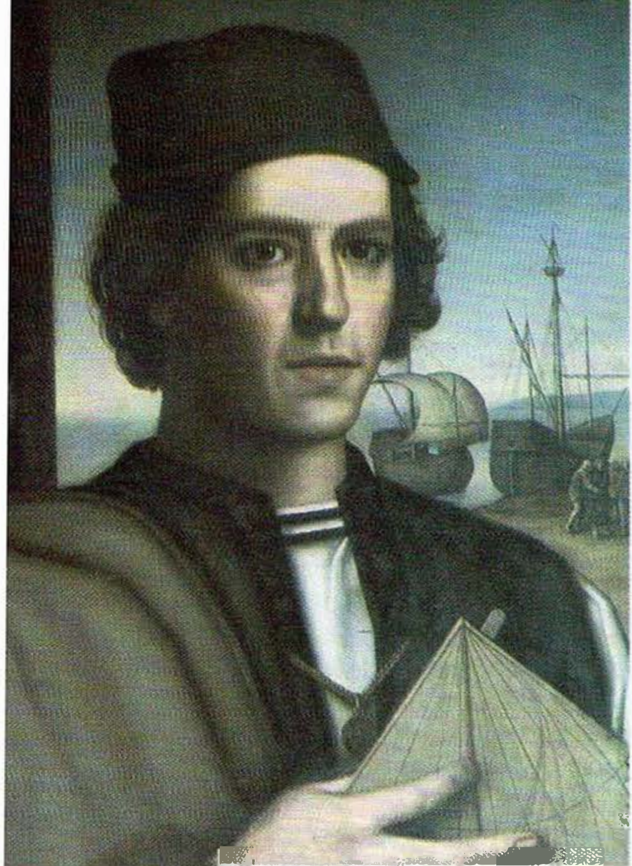
El 12 de mayo de 1492 dejó Granada y se dirigió a la villa de Palos a preparar la flota descubridora. Una vez allí, lo que se presumía operación rápida tardó más de dos meses en quedar a punto, con el fantasma del fracaso flotando de nuevo.

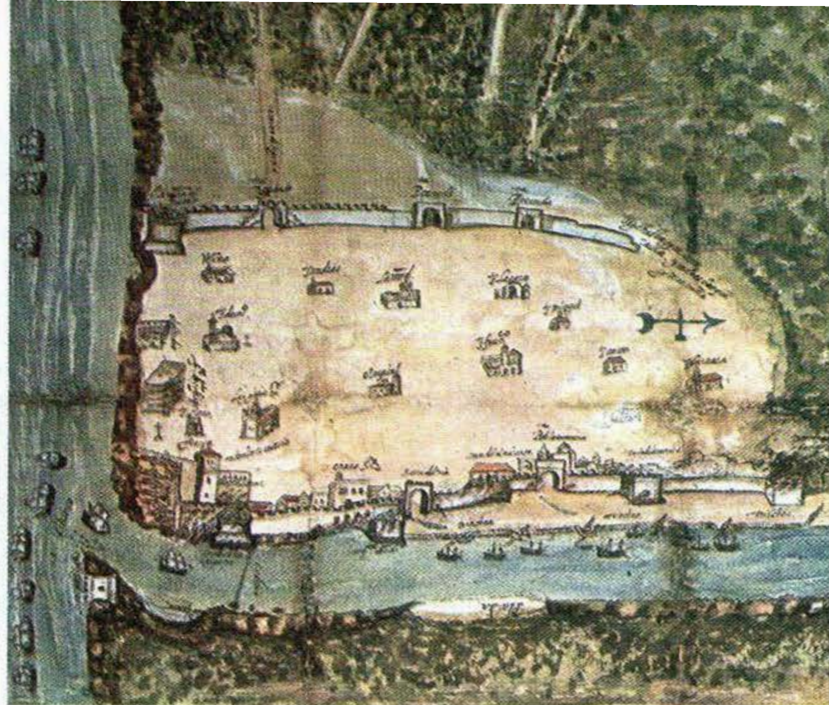
El *presupuesto* total de la armada supuso unos dos millones de maravedís. De ellos, costeó la Corona algo más de la mitad (1.140.000), siendo repartido el resto entre la villa de Palos y Colón. A éste se lo debió prestar algún mercader amigo.

Sobre las *embarcaciones*, los reyes habían ordenado a las autoridades de los puertos de la zona poner a disposición colombina tres carabelas. Al final serían dos carabelas (Pinta y Niña) y una nao (Santa María).

La contribución extraordinaria de la villa de Palos, responsabilizándose de las carabelas Pinta y Niña tenía su origen en una deuda pendiente que dicha villa había contraído con la Corona por causa de alguna desobediencia pasada. Tal acto de rebeldía —que desconocemos— fue sentenciado por el Consejo Real, condenando a los paleños a poner a punto y a su costa dos carabelas que servirían a sus altezas durante dos meses. Ahora había llegado la ocasión para hacer cumplir aquella sentencia, y así lo ordenaron.

La carabela *Pinta,* la más rápida de las tres, fue preparada en los astilleros de Palos. Pertenecía a un tal Cristóbal Quintero,





Vicente Yáñez Pinzón (arriba, izquierda). *Plano de Santo Domingo, la primera ciudad permanente fundada en América* (arriba, derecha). *Reconstrucción a su tamaño de la carabela* Santa María (abajo)

quien participó en el viaje como simple marinero, lo cual resulta muy extraño para ser él el propietario. La mandaba Martín Alonso Pinzón. Desplazaba alrededor de 100 toneladas.

La *Niña* procedía de los astilleros de Moguer. Su propietario era Juan Niño, que en este viaje irá de maestre. Fue su capitán Vicente Yáñez Pinzón. También se la conocía con el nombre de *Santa Clara,* aunque predominaba la denominación popular. Su capacidad de carga era similar a la de la *Pinta.*

La tercera nave del descubrimiento no era carabela, sino nao y se llamaba *Santa María,* conocida también por *la Gallega.* Mayor que las otras, más lenta y pesada, era propiedad del célebre marino y cartógrafo Juan de la Cosa, vecino entonces del Puerto de Santa María, quien llevó el cargo de maestre de su navío. La tripulación que la servía era toda o casi toda del Norte. La mandaba Colón y desplazaba aproximadamente 150 toneladas. Fue la única que no regresó del primer viaje al encallar en la costa Norte de la isla Española en la Navidad de 1492.

El reclutamiento de la tripulación fue una dura prueba para el capitán de la flota. Durante un mes anduvo vagando por las plazas y puertos y sólo se le apuntaron *los del crimen,* es decir, cuatro condenados a muerte —y no más— que por tradición podían sacar de prisión los almirantes de Castilla para que participaran en una armada. En este caso, los reyes concedieron el mismo privilegio a Colón, ordenado por medio de una carta de seguro suspender las causas criminales hasta dos meses después de finalizado el viaje. A excepción de estos cuatro, todos los demás huían de su compañía; nadie se fiaba de él; tenía fama de soñador; se le conocía en tierra, pero no en la mar; y hablaba de atravesar el Océano.

Mientras esto sucedía, uno de los más prestigiosos hombres de mar de toda la zona —Martín Alonso Pinzón— estaba ausente de la villa por causa de un viaje comercial a Roma. A su regreso entró en contacto con el genovés; se entusiasmó con el proyecto; lo apoyó y, acto seguido, convenció a sus hermanos, parientes y amigos para que se enrolasen. Con el respaldo de los Pinzones, los aproximadamente 90 hombres que formaban la flota descubridora estuvieron pronto a punto. El 2 de agosto de 1492 Cristóbal Colón mandó embarcar a toda su gente. *Y otro día, viernes* —dice Las Casas— *que se contaron tres días del dicho mes de agosto, antes que el sol saliese con media hora, hizo soltar las velas y salió del puerto y barra que se dice de Saltes, porque así se llama aquel río de Palos.*

Rumbo a las Canarias, fue la primera orden del capitán de la flota, antes de abordar el Océano en dirección al Oeste. En el trayecto, un pequeño contratiempo: la rotura del timón de la *Pinta* (6 de agosto) puso de manifiesto la pericia de Martín Alonso Pinzón, quien con no poco esfuerzo logró arribar a Gran Canaria el día 9. Durante más de veinte días se trabajó intensamente en arreglar el timón roto y transformar su vela latina, en vela cuadrada.

El 2 de septiembre los tres navíos tenían todo a punto. Cargaron agua, leña, carnes y todo lo necesario, quedando el 6 de septiembre sólo a la espera del viento. Dos días después, con el alisio ventando ya a favor, Colón marcó claramente el rumbo: *tomó su vía y camino al Oeste,* ciñéndose cuanto le fue posible a la latitud del paralelo de las Canarias. Mantendría dicho rumbo inalterable hasta el 6 de octubre en que se vio forzado a modificarlo un poco (sudoeste cuarta del Oeste) a causa del malestar existente en la armada.

Hagamos un pequeño paréntesis antes de abordar las incidencias del viaje para imaginarnos a Colón exultante porque se hallaba en su ambiente, en el mar, y llevando a cabo el sueño que le había venido obsesionando desde hacía catorce años —dice él mismo—. Lo podemos imaginar o mejor lo sabemos tan seguro de sí mismo como intranquila iba la marinería. Sus palabras de serenidad y confianza no se harían esperar. Pero interesa más observarlo en su camarote y conocer algo sobre la forma que tiene de navegar.

Lo normal en esta época era navegar a la *estima,* es decir, anotar el rumbo y fijar su posición en unas cartas de marear o mapas marítimos (portulanos) dibujados sobre pergamino. Estas cartas que no tenían en cuenta las graduaciones de longitud y latitud reflejaban con bastante precisión los accidentes geográficos (por ejemplo, las costas de Europa y Africa), y partiendo de ellos un navegante marcaba la ruta estimada a seguir. Utilizando la brújula y, a veces, el cuadrante, debía encontrarse la latitud adecuada y mantenerse en ella. Cuando recorría costas nuevas, tomaba la latitud en tierra y la reflejaba en el mapa para que en lo sucesivo

otros pudieran estimar su ruta con exactitud. Un buen piloto, mezcla de experiencia y sentido de la orientación, era capaz de estimar su rumbo con una precisión sorprendente. No solía equivocarse más de un 5 por 100 en travesías largas, salvo que sufriera alguna tormenta y se despistara.

La *brújula* era pieza insustituible. Consistía en una aguja magnética, depositada en una caja rectangular (bitácora) y asegurada en cubierta, que volvía siempre su punta hacia el Norte. Cada vez que esta aguja mostraba poca inclinación a *buscar el norte* era remagnetizada con una piedra imán que todo capitán cuidaba como su propia vida. La brújula llevaba incorporada una placa circular con la rosa de los vientos (32 divididos en vientos, medios vientos y cuartas).

En cuanto al *cálculo de la velocidad* de un navío a finales de siglo XV, parece ser que los pilotos lo hacían a ojo observando la estela que dejaba el barco, las algas que flotaban inmóviles en el agua o la costa.

Echar punto o *cartear* era una de las operaciones más minuciosas para un piloto. Conocido el rumbo seguido y la distancia recorrida, los pilotos podían marcar el punto a que habían llegado sobre la carta de navegar. Esta operación exigía manejar regla y compás.

Como navegante precavido, Colón acostumbró a usar con frecuencia la *sonda,* imprescindible al aproximarse a tierra o en aguas que creía poco profundas.

La *ampolleta* o reloj de arena era el único instrumento para medir el tiempo en el barco. El tiempo que tardaba la arena en caer era de treinta minutos, y un grumete se encargaba de darle la vuelta.

Colón sabía usar el *cuadrante* y alguna vez lo utilizó. Servía para hallar la latitud. Se trata de un cuarto de círculo de madera dura que a través de unos pínulos enfilaba los astros y con una plomada marcaba los grados.

Por el contrario, no manejó el astrolabio ni la ballestilla, y se equivocó con frecuencia al utilizar *tablas* comunes de multiplicar y *almanaques*.

Con tan limitado y tosco instrumento náutico, estos hombres abordarán la *carrera* de las Indias.

Volvamos con la flota a punto de dejar Canarias. Cuenta Hernando Colón que su padre dio unas instrucciones a los otros capitanes señalándoles que el objetivo del viaje era llegar a Cipango y las tierras orientales de Asia, que no se inquietara nadie, pues él no esperaba encontrar tierra hasta pasadas 750 leguas de las Canarias, y advertía que, al llegar a las 700 leguas, no se navegase por la noche.

A pesar de tanta seguridad no abandonó su habitual cautela: llevaría dos cuentas sobre las distancias recorridas, una secreta o *verdadera* sólo para sí mismo, con el cálculo exacto de cuánto se navegaba; y otra pública o *falsa* en la que se contaría de menos *porque si el viaje fuera luengo no se espantase ni desmayase la gente*. No obstante, según los expertos de hoy y debido a la sobreestimación de la distancia, la cuenta *falsa* se acerca más a la verdad que la secreta.

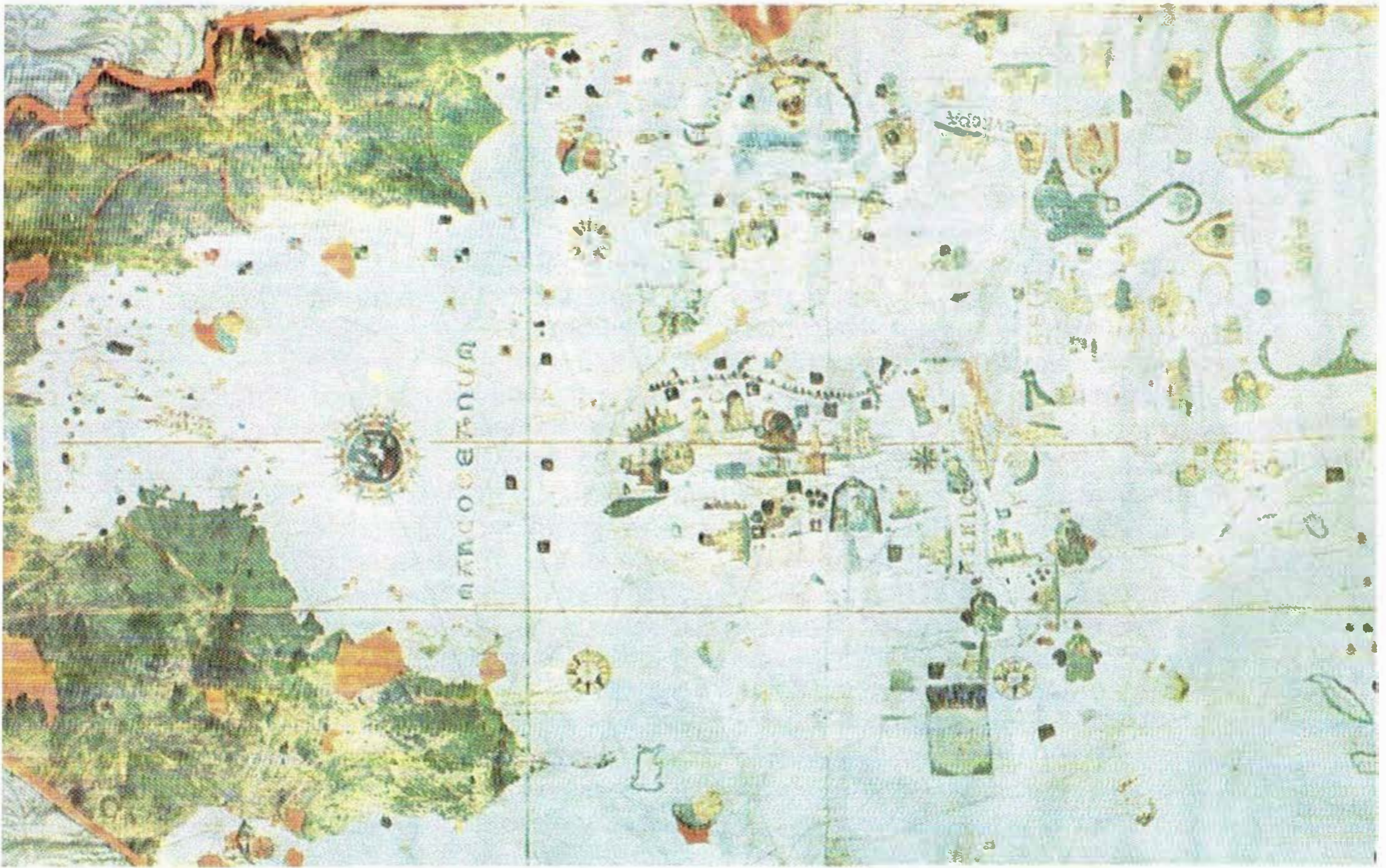
El día 13, repetido después el 17 y el 30, Colón será el primer europeo en observar la declinación magnética de la tierra. Se da cuenta de que las agujas marcan siempre un punto invariable (norte magnético), mientras que la Estrella Polar (norte geográfico) se mueve en una especie de rotación diurna de aproximadamente dos grados alrededor del Polo. Mandó comprobarlo al alba, momento en que más se aproxima la Polar al norte magnético, y todos se tranquilizaron. Fue una demostración de sus dotes de observación.

El 16 de septiembre llegaron al mar del Sargazo, gigantesca acumulación de algas en medio del Océano. Para tranquilidad de todos echaron la sonda (40 brazas) y, naturalmente no podían encontrar fondo en una zona donde el Océano tiene profundidad de 2.400 brazas.

El 1 de octubre Colón empieza a preocuparse, y el 3 se da cuenta de que algo ha fallado con arreglo a sus cálculos iniciales. Las islas que pensaba encontrar a unas 750-800 leguas han debido quedar atrás. Sigue adelante.

El 6 de octubre toda la tripulación empieza a alarmarse. Los pilotos, por sus cuentas particulares, ya han recorrido más de 800 leguas (Colón, por la suya, lleva 966). Se reúnen los tres capitanes. Martín Alonso Pinzón propone cambiar de rumbo: sudoeste cuarta del Oeste, por ver de encontrar la isla del Cipango. Colón no accede, la cree ya muy atrás. Pinzón acepta y se sigue.

Llegada la noche del 6 al 7, se produce el primer motín del viaje que protagonizan los marineros de la Santa María. Ante el peligro, Colón pide apoyo a los Pinzones, que se ponen de su lado y amenazan a los amotinados. Calmados los ánimos, Colón acepta cambiar el rumbo que horas antes había pro-



Mapa de América dibujado por Juan de la Cosa en 1500

puesto Martín Alonso: sudoeste, cuarta del Oeste.

Tres días después, la noche del 9 al 10, el malestar se generalizó a toda la armada, incluidos los Pinzones. Se percibía mucha tensión y hubo ultimátum: navegarían en la misma dirección sólo tres días más; y si al cabo de ese tiempo no encontraban tierra regresarían. No fue menester cumplir el plazo porque dos días después hallaron por fin tierra. Sin embargo, entre Martín Alonso y Colón algo se quebró definitivamente y comenzó el enfrentamiento.

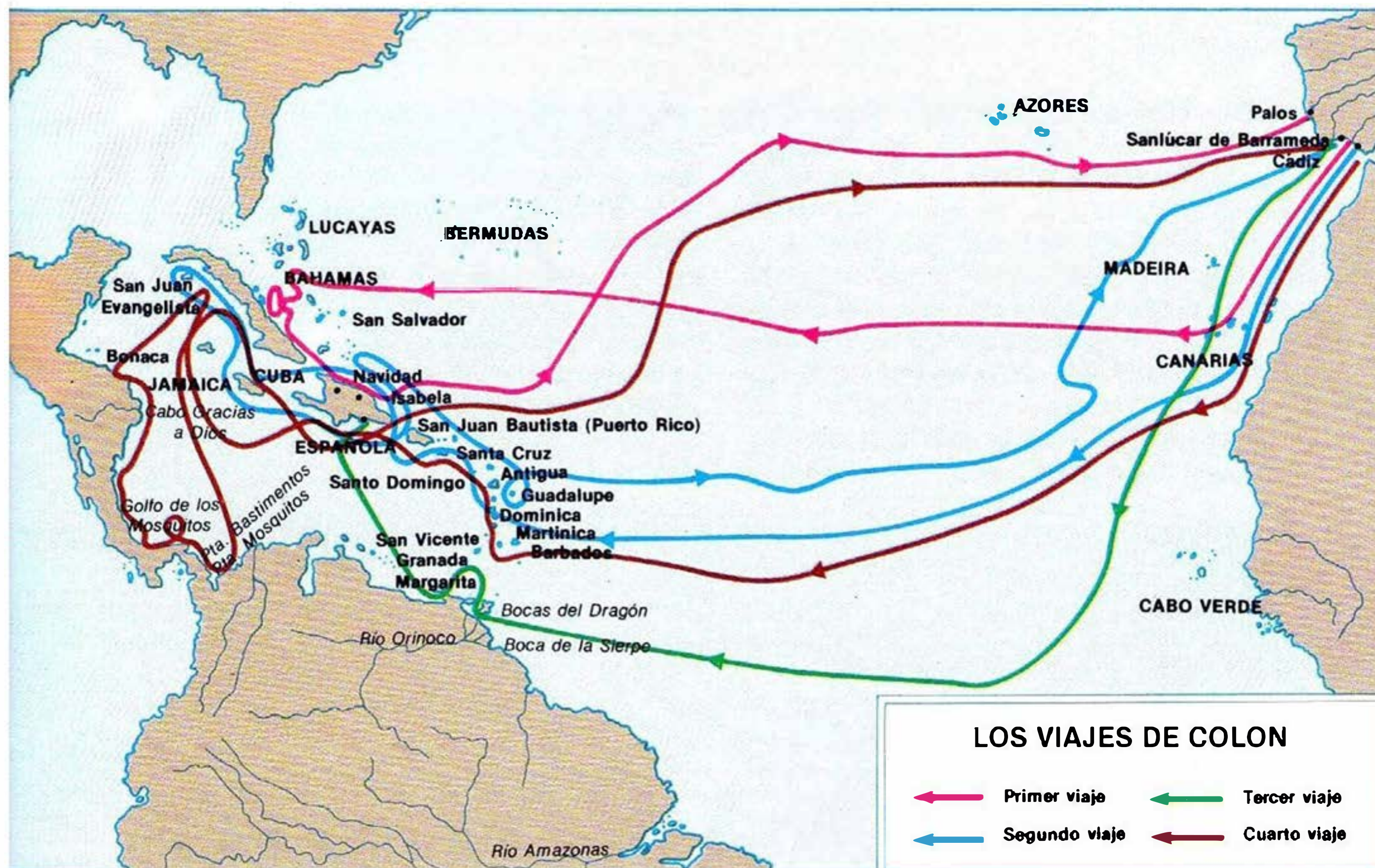
El descubrimiento del trópico

La noche del 11 al 12 de octubre, pasadas las dos de la madrugada, el marinero de la Pinta, un tal Juan Rodríguez Bermejo, más conocido por Rodrigo de Triana, lanzó el grito más ansiado por todos: *¡Tierra!* Esta vez no era una de tantas ilusiones deshechas con el paso de las horas. A cosa de dos leguas surgía del Océano una isleta plana, del archipiélago de las Lucayas o Bahamas, a la que los nativos llamaban Guanahaní y Colón bautizaría poco después con el nombre de San Salvador. Con la flota puesta al pairo, esperaron la mañana.

Así que amaneció, el ya almirante de la mar océana —y en cuanto saltara a tierra también virrey y gobernador— buscó un lugar de la costa libre de arrecifes para desembarcar. Lo halló a sotavento de la isla Guanahaní (actual Watling Island), en la bahía Fernández o Long. Acto seguido, desembarcaron y tomaron posesión por sus Altezas de la nueva tierra en medio del ceremonial que ningún descubridor olvidaba cumplir jamás. Esto hicieron *con pregón y bandera real extendida, y no me fue contradicho.*

Los que podían contradecir a tan *celestiales visitantes,* que por tales los consideraban los lucayos, *andan desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vi más de una harto moza, y todos los que yo vi eran todos mancebos... muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos casi como de sedas de colas de caballos y cortos... y se pintan las caras dellos todo el cuerpo... Ellos no traen armas ni las conocen, porque les mostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia.*

Eran dos mundos, dos culturas y mentalidades encontrándose en Guanahaní y destapando al instante sus diferencias. Sin conciencia clara del valor del *mío* o *tuyo, todo*



tomaban y daban de aquello que tenían (algodón, papagayos, azagayas) de buena voluntad, mas me pareció que era gente muy pobre de todo.

Colón es hombre contradictorio, sorprendente y se retrata a sí mismo tanto en el triunfo como en el fracaso. Las páginas de su *Diario* de a bordo que sigue al 12 de octubre son insustituibles. Gran observador, meticuloso en extremo, paciente en el relato de lo que ve o le cuentan, preocupado por el oro, obsesionado con el Cipango, es además un cantor del trópico, de la nueva tierra y el nuevo cielo que él, el muy magnífico don Cristóbal Colón, acaba de descubrir. Es su gran victoria y la canta como algo que le pertenece.

El trópico, pleno de verdor, frondosidad y colorido aparecía tan diferente del *viejo mundo que era maravilla*. Arboles y huertas, peces y aves deslumbraban a todos. Era tal la diversidad de lo que estaban viendo que tenía que recurrir a imágenes o experiencias conocidas para que el lector se aproximase a su descripción. La frase comparativa *como en el mes de abril o mayo en Andalucía*, es repetida con frecuencia. Y aún así, aquella naturaleza ¡era tan disforme de la nuestra!

Por las Bahamas navega con la velocidad del que está de paso. Sus habitantes son gentes muy pobres de todo. Y él busca el Cipango y quiere llegar al Catay y entregar las cartas de los Reyes al Gran Jan. De Guanahaní a Santa María de la Concepción, a Fernandina, a Isabela. Cada nueva isla descubierta le arranca elogios más encendidos. La última siempre supera a la anterior.

El 28 de octubre llegaba a Cuba, a la que bautizaría con el nombre de Juana en honor al príncipe don Juan. Cree que Cuba es el Catay y envía tierra adentro a una embajada con las cartas de los Reyes para el Gran Jan. El 6 de noviembre regresan sin encontrar rastro del fabuloso reino oriental. Han encontrado por los caminos, eso sí, mucha gente con un tizón en la mano; era el tabaco. Colón se desilusionó mucho con este fracaso.

El 21 de noviembre, Martín Alonso Pinzón se apartó de la flota, haciéndose ya definitivas las diferencias entre ambos capitanes. Permanecería separado hasta el 6 de enero.

El 5 de diciembre, el almirante llegó al extremo más oriental de Cuba. Llamaría a ese cabo Alfa y Omega (punta de Maici) para indicar que era principio y fin del continente euroasiático.

Al día siguiente, tras navegar 18 leguas, divisó el extremo de la isla de Haití o Bohío, que en castellano se llamaría isla Española. Un reyezuelo o cacique del lugar —Guacanagarí— recibió a Colón con gran cortesía. Este, por su parte, dispensó a esa tierra y a sus gentes los mayores elogios; elogios que subieron de tono después de que el 24 de

diciembre encallara la nao Santa María. Con la ayuda de Guacanagarí y su gente, lograron salvar todo su cargamento. *Conosció* (Colón) *que Nuestro Señor había hecho encallar allí la nao, porque hiciese allí asiento.*

Con los despojos de la Santa María se construyó el fuerte de la Navidad. Allí quedaron treinta y nueve españoles con víveres para más de un año, y de creer a Las Casas, a petición propia.

El 4 de enero de 1493 el almirante, tras recomendar a los españoles a Guacanagarí e instarles a que buscaran oro, zarpó con la carabela Niña en dirección Este. Cerca de allí encontró un monte muy singular, inconfundible, que llamó Monte Cristi, y que le permitiría orientarse a partir de esos momentos. Seguro y rotundo exclamará entonces: *Cipango estaba en aquella isla.* Acababa de alcanzar la meta que se había marcado en este primer viaje. El Cipango no era, como había dicho Toscanelli, una isla, sino una región de la Española, la que los indios llamaban Cibao, y que estaba situada a pocas leguas tierra adentro de donde él estaba ahora. Hecho este descubrimiento, Cuba, dada su cercanía a la Española-Cipango, tenía que ser isla en lugar de tierra continental.

El 6 de enero regresaba Martín Alonso Pinzón de su escapada de 45 días lejos del almirante. Sus excusas de que fue por causa de los vientos no resolvieron las diferencias. Lo que hizo Colón fue *disimular por no dar lugar a las malas obras de Satanás que deseaba impedir aquel viaje como hasta entonces había hecho.*

El objetivo de este viaje estaba ya cumplido. No obstante, siguieron algunos días más costeando la isla Española. Llegaron hasta el golfo de las Flechas o Samaná, donde se produjo el primer enfrentamiento armado con los indios ciguayos; indios más aguerridos y que el almirante confundió con caribes, aunque no lo eran. El 16 de enero *por la mucha agua que hacían ambas carabelas* dio la orden de regresar a España. Y sin vacilar un instante señaló el rumbo: *nordeste cuarta del Este,* en busca de los vientos y corrientes del Oeste. Una vez alcanzados, a la altura del paralelo de las Azores, *mudó el camino y fue al Este.* Con esta decisión, Colón acababa de enseñar a la navegación a vela cuál era la ruta adecuada para regresar de América, al igual que primero había definido el camino de ida.

Hasta llegar a la cercanía de las Azores el viaje discurrió en la más absoluta normalidad. Sin embargo, entre el 12 y el 15 de febrero, en que arriban por fin al archipiélago portugués, sufrieron una espantosa tormenta que forzó a Martín Alonso a separarse del Almirante. Resuelto un pequeño incidente con las autoridades portuguesas de Azores, el 24 de febrero *la Niña,* con el Almirante al mando, salió rumbo a España. Y de nuevo, como para hacer más valioso el triunfo, otra tormenta, mayor si cabe que la de Azores, les tuvo a la muerte entre el 26 de febrero y el 4 de marzo. Se redobla su angustia *agora que estaba a la puerta de casa,* hacen nuevas promesas de peregrinación a santuarios marianos, igual que en la anterior tormenta y, al fin, el 4 de marzo divisaron la roca de Sintra y la desembocadura del río de Lisboa *adonde determinó entrar porque no podía hacer otra cosa.* A Martín Alonso Pinzón, la tormenta le obligó a recalar en Galicia (Bayona).

En Portugal, el Almirante se entrevistó con el rey Juan II por expreso deseo de éste. Le informó y discutió con él sobre el viaje, lo que gustó bien poco a los Reyes Católicos cuando se enteraron. Cumplimentó a la reina y el 13 de marzo abandonaba el estuario del Tajo. A mediodía del día 15 entraba triunfal en Palos. Pocas horas después lo hacía también Martín Alonso Pinzón. Pero éste llegaba enfermo, y a los pocos días murió.

Consecuencias del primer viaje colombino

El primer impacto que ante el mundo produjo el éxito colombino fue el de sorpresa. Así como los descubrimientos africanos, cuando sucedieron, estaban ya más o menos anunciados, incluso en la cartografía, lo que en 1493 pregona Colón que ha descubierto nadie lo esperaba.

Además de hallar tierras desconocidas, Colón hace otros dos descubrimientos capitales en el campo de la navegación a vela: señala la mejor ruta marítima para ir desde Europa a América del Norte; e igualmente descubre la mejor ruta de regreso; fruto todo ello del gran conocimiento de las corrientes y vientos oceánicos.

Otra consecuencia inmediata del Descu-

Los españoles se intercambian regalos con los indios americanos (de una edición ilustrada de las cartas de Colón, 1493)


Insula hyspana

brimiento fue el intento, por parte de los Reyes Católicos, de asegurar aquellas tierras y mares para Castilla lo más exclusivamente posible. Lograrán esto en gran parte a través de las Bulas Alejandrinas y del Tratado de Tordesillas.

A las pretensiones de Juan II de Portugal de que lo descubierto por Colón en 1492 pertenecía a Portugal, respondieron los Reyes Católicos dando orden a sus embajadores ante el Vaticano para conseguir del papa Alenjandro VI que reconociera por medio de unas bulas (Bulas Alejandrinas) el derecho de los monarcas castellanos a los descubrimientos sobre las Indias. Con este procedimiento de recurrir al arbitraje papal no se hacía sino repetir lo hecho por Portugal años antes, cuando consiguiera la exclusiva sobre los mares y tierras africanos al sur de las Canarias.

Por medio de estas cuatro Bulas Alejandrinas de donación y demarcación (dos *Inter Caetera,* la *Eximiae devotionis* y la *Dudum siquidem)* se concedía la posesión de todas las tierras descubiertas y por descubrir, siempre que no perteneciesen a ningún príncipe cristiano, a partir del meridiano de demarcación que pasa a 100 leguas al oeste de las Azores y Cabo Verde. Castilla podría ocupar esas tierras al Occidente y al Sur hacia las Indias con la obligación de evangelizar a los indígenas. Portugal, por su parte, tendría los mismos derechos hacia el Este.

A partir de estos momentos se entablaba entre los dos reinos ibéricos una verdadera carrera por llegar primero a la India asiática. Portugal lo consiguiría pronto, mientras que Castilla se veía frenada en América.

En la misma tarea de definir las líneas de expansión castellano-portuguesa, pero esta vez mediando un acuerdo directo entre los dos reinos, está el *Tratado de Tordesillas* (1494). Entre sus cláusulas merecen destacarse las siguientes:

— Que el meridiano de demarcación se sitúe a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde (en lugar de las 100 leguas de las Bulas), de manera que todos los descubrimientos desde esa línea hacia el este correspondan a Portugal), y hacia el oeste para Castilla.

— Que cada reino se límite a explorar su zona correspondiente. Y si casualmente uno de ellos descubriera algo que corresponda a la zona del contrario, deberá cederlo acto seguido.

— Que en un plazo de diez meses se nombre una comisión de expertos de ambos países que recorra la línea divisoria para establecer la frontera de lo que corresponde a cada uno.

— Que los castellanos podrán navegar libremente por la zona portuguesa para dirigirse a su demarcación.

El mejor fruto logrado en Tordesillas fue el aquietamiento de los pueblos de España y Portugal. Sin desgastarse entre sí, con mucho mar que navegar y las Indias por meta, culminaron en pocos años la etapa descubridora más portentosa que ha vivido la Humanidad.

Después de encontrarse el Almirante con los reyes en Barcelona y de recibir de ellos, como agradecidos príncipes, toda clase de honores y privilegios, se organizó con toda rapidez y sin reparar en medios la segunda expedición.

El segundo viaje colombino

El 25 de septiembre de 1493, Colón zarpaba de la bahía de Cádiz camino de las Indias conduciendo una flota de 17 navíos y aproximadamente 1.200 hombres.

Se ha dicho muchas veces que esta segunda expedición tiene un carácter eminentemente colonizador. Ahora bien, si se desgranan cifras y datos no parece tan claro que fuera así. Por lo pronto, del total de la gente (1.200) aproximadamente 800 eran *hombres de pelea.* Semejante fuerza no parece pensada para dominar al pacífico taíno sino más bien para defender aquellas tierras de posibles ambiciones extranjeras, léase portuguesas. Igualmente, formaban parte de la expedición bastantes *oficiales de mano,* con vistas a construir alguna fortaleza y lugar de asentamiento fijo. *Labradores* fueron tan sólo 20 y no muy bien equipados. En este viaje se llevaron ya simientes y ejemplares de ganadería mayor y menor para comprobar cómo se adaptaban a la nueva tierra.

Desde Cádiz la flota se dirigió a las Canarias. Ultimó detalles, cargó simientes y ganado y atravesó el Océano siguiendo rumbo oeste, cuarta del sudoeste, es decir, por una latitud más al sur que en el primer viaje. A los veintiún días (del 13 de octubre al 3 de noviembre) —todo un récord— divisó la isla Deseada, acaso la que deseó encontrar en el primer viaje, distante de las Canarias 750 leguas, como anunció un año antes, y

Bahía de Santa Ana en Jamaica, donde desembarcó Colón (arriba). *Detalle de una construcción española* (centro). *Restos de un poblado arawak* (abajo). *Vista general de la zona donde los españoles construyeron diversos edificios* (derecha).







formando parte de un paraje que denominó *la entrada de las Indias*.

Recorre las islas Dominica, Marigalante (donde tomó posesión solemne de la tierra), Guadalupe, el difícil trayecto de las Once Mil Vírgenes, por donde navegaba el Almirante como por camino conocido. Divisa y fondea en la isla que los indios llamaban Borinquén y que él bautizará San Juan Bautista. De allí a la isla Española. Recorre su costa norte hasta Monte Cristi, para llegar el 28 de noviembre de 1493 al puerto y fuerte de la Navidad.

Mal empezaba esta segunda expedición, pues aquellos 39 españoles dejados allí no hacía un año habían muerto todos. Un cacique de tierra adentro —Caonabó— había sido el causante, decían. Cierta sospecha de complicidad salpicaba a Guacanagarí. Por otra parte, también los españoles debieron dar motivo para la venganza taína. El Almirante no castigó a nadie; disimuló como pudo y dirigió la flota unas leguas más al este, donde fundó la villa de la Isabela, el primer asiento español en el Nuevo Mundo. El 6 de enero de 1494 celebraron todos solemnemente la fundación.

El clima del trópico, la falta de adaptación, la escasez de alimentos y el régimen de trabajo impuesto por el Almirante provocaron que la gente enfermase y muchos muriesen. Acostumbrarse a la tierra, al clima y a los alimentos provocará situaciones semejantes a ésta en otras ocasiones, sobre todo cuando la flota sea muy numerosa y se llegue a tierra nueva.

Para comprobar la riqueza aurífera del Cibao, su Cipango, Colón organizó una expedición tierra adentro, hacia esa región pedregosa donde años después se localizarían y explotarían ricas minas de oro. Sin embargo, en esta ocasión quedó muy defraudado. Ni la riqueza, ni las gentes se correspondían con lo que la literatura había contado del Cipango. A finales de marzo de 1494 dejaba este menester en manos de otros, mientras él se ocupaba en navegar.

En busca del Catay y otros descubrimientos

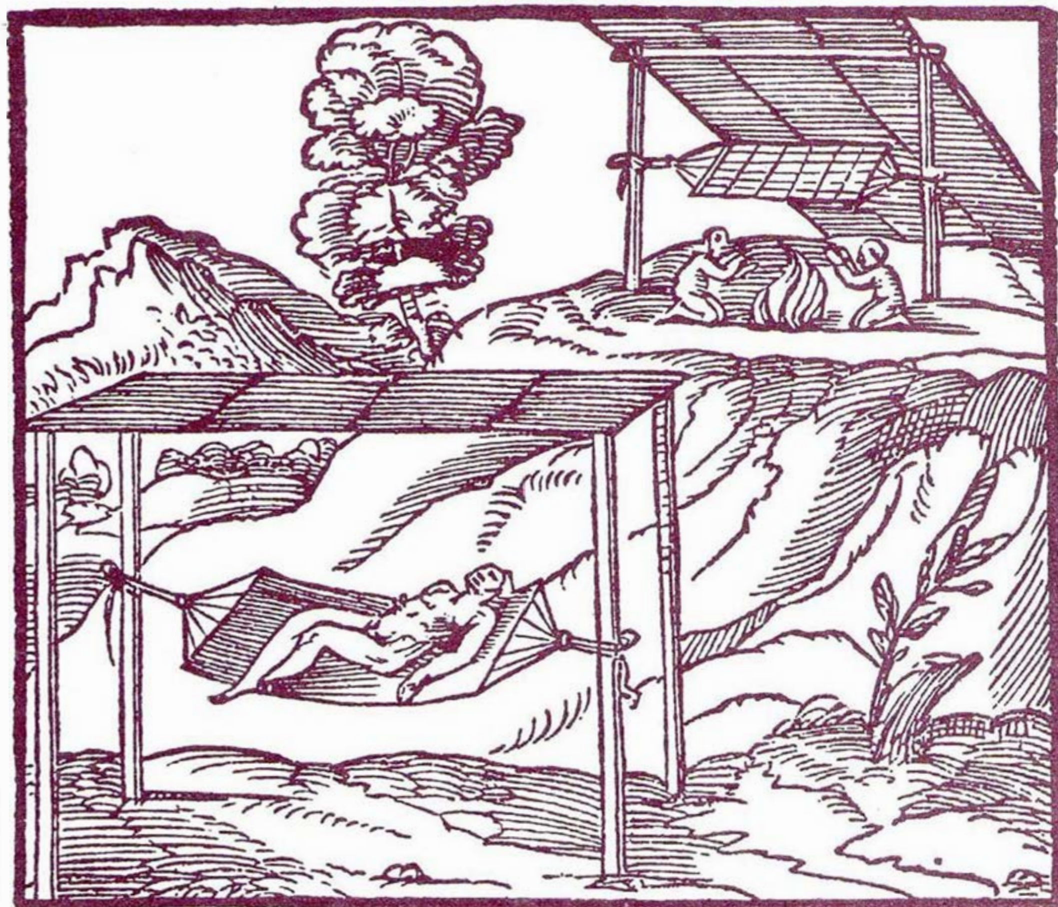
A finales de 1493, a poco de llegar a la isla Española la flota colombina, el Almirante envió una carabela a costear la isla. Mes y medio después tenía ya datos suficientes sobre la forma y posición, que transmitiría al instante a los reyes. Al mismo tiempo mandó cinco navíos en busca de la tierra firme meridional. Debieron recorrer buena parte de las costas de Colombia y Venezuela y llegar a Cumaná y al criadero de perlas de Cubagua y Margarita. A esta tierra firme, el Almirante la desligaba de la asiática considerándola una *terra incognita*.

El 24 de abril de 1494, al mando de tres navíos, se dirigió hacia el oeste en pos de la costa sur de Cuba. Descubre Jamaica, a la que llama Santiago. Luego, regresa a Cuba y empieza a tener dudas sobre si es isla o continente. En el primer viaje, después de recorrer 107 leguas de la costa norte, dijo que era la tierra firme del Gran Jan. Más tarde, al situar el Cipango en la Española, la consideró isla, dada su cercanía. Ahora, después de recorrer 335 leguas de costa, nota similitud con el Catay de Toscanelli y resuelve el problema como él solía hacerlo a veces: de manera solemne y ante escribano. El 12 de junio de 1494, el escribano de la Isabela, Fernán Pérez de Luna, por mandado de Colón elabora un documento, certificando don Cristóbal que Cuba era el Catay. Dijo más: que si alguien tenía dudas las expresara en aquel momento y él se lo certificaría. Hecho lo cual, les hizo firmar a todos un compromiso de no desdecirse en el futuro bajo pena de 10.000 maravedís, corte de lengua y 100 azotes.

El 13 de junio iniciaba el regreso a la Isabela. Siguió la costa sur de Jamaica y continuó por la de la Española, donde, a la altura de la desembocadura del Jaina, quiso identificar —y así lo dijo— unos montes todos de oro y la mina de Ofir de Salomón. Años después, en esa zona se descubrirían las minas de oro de San Cristóbal.

Cuando se decidía a abordar las islas de los caribes para capturar esclavos que llevar a España para vender, enfermó y fue trasladado a la Isabela, donde llegó el 29 de septiembre de 1494. Una vez recuperado, las buenas noticias se alternaban con las malas en la colonia. Como positiva, mucho le alegró el alma ver a su hermano Bartolomé Colón, persona muy unida al Almirante, enérgico, buen marino y a quien el éxito del descubridor sorprendió en la corte de Francia, gestionándole apoyos. Había llegado a la Isabela el 24 de junio.

Como noticias preocupantes, cabe reseñar las primeras deserciones de la colonia: fray Boyl y mosén Pedro Margarit, dos personas influyentes que canalizan la crítica



Costumbres de los indígenas americanos (de la obra Historia del Nuevo Mundo, *de Benzoni)*

tanto de las riquezas indianas como del gobierno un tanto despótico de los Colón.

Aunque el descubrimiento oficial del continente de América del Sur se hizo en el tercer viaje (1498), parece probado ya que entre noviembre de 1494 y el 14 de enero de 1495 Colón navegó hacia esa tierra, pero no se lo comunicó a los reyes. Fue un secreto que le costó muy caro.

Tras la firma del Tratado de Tordesillas, Colón fue informado porque interesaba su parecer sobre el desplazamienteo acordado de la línea de demarcación. Aunque fue siempre contrario a cualquier línea que no fuera la de 100 leguas, para comprobar si perjudicaba o no los intereses castellanos el Almirante se puso de nuevo a navegar. Con cuatro navíos recién llegados a la Isabela zarpó en dirección a las costas de Venezuela —Paria—. Le acompañaban Peralonso Niño y, posiblemente, Américo Vespucio. Después de recorrer parte de la costa hasta las cercanías del Amazonas en que la tierra toma dirección sur y parece ser el extremo más oriental, regresó, no sin antes confirmar la riqueza perlífera de las islas Cubagua-Margarita. No rescató perlas en esta ocasión porque pensaba asociarse con algún mercader y llevar a cabo una explotación en regla. La serie de imprevistos que siguieron (pérdida de navíos, malestar político en la Española) truncó el proyecto. Al final, Peralonso Niño, en 1499, rescataría las perlas por su cuenta, y Colón perdió toda credibilidad ante los reyes cuando éstos se enteraron. Regresó a la Española por las islas de los caníbales.

El desprestigio de las Indias

El segundo viaje colombino significó una doble ruptura de convivencia: a) la producida entre españoles, y b) la que afecta al entendimiento entre españoles e indígenas.

En lo que se refiere a los españoles, se desatan graves enfrentamientos entre la autoridad colombina, intransigente, monopolizadora de riquezas y actividades y la que reclama el castellano de respeto a la iniciativa personal y a poder compartir riquezas e indios. A tal punto llegó el malestar que a finales de 1495, el grito más escuchado entre españoles era: *Así Dios me lleve a Castilla.* Las deserciones de fray Boyl y mosén Pedro Margarit, importantes autoridades, re-

ligiosa uno y militar el otro, son otro exponente.

Por la parte del enfrentamiento entre españoles e indígenas, sublevaciones, guerras y esclavización fueron las notas características. La necesidad constante de recurrir al indígena para sobrevivir o enriquecerse abonó el malestar, la revuelta y el enfrentamiento armados, que se saldaron con el inicio de un comercio de esclavos con destino al mercado de la Península y un sistema de tributos por cabeza. Pero el asunto era delicado, porque los reyes no pensaban lo mismo que su Almirante.

A Castilla iban llegando cada vez más desengañados de las Indias, hombres que ponían en duda la riqueza real de aquellas tierras y, sobre todo, la capacidad de gobierno del Almirante y sus hermanos. Para contrarrestar tan dañina propaganda, Colón decidió regresar a la corte. En dos carabelas abarrotadas de gente (225 cristianos y 30 indios) y después de una travesía larguísima (desde el 20 de abril al 11 de junio de 1496) arribaron a Cádiz con los cuerpos gastados por el hambre y el sufrimiento. El Almirante, nadie sabe bien por qué, llegaba vestido con sayal de fraile franciscano. A finales de octubre estaba en Burgos, residencia de la corte. Hubo de pasar más de año y medio hasta que de nuevo se hiciera a la mar.

El tercer viaje colombino

La estancia del Almirante en Castilla entre el segundo y el tercer viaje fue una mezcla de luces y sombras. A pesar de que las nuevas tierras estaban en baja, los reyes redoblaron su generosidad para con él y su familia. Se le confirmaron privilegios y honores; le dieron otros nuevos y allá donde el Almirante mostraba dudas o suspicacias los Reyes Católicos satisficieron sus pretensiones. Lo único que inquietaba al Almirante era la lentitud con que se preparaba la nueva armada, reflejo, al cabo, de la guerra abierta entre Colón y los oficiales que dirigían el negocio indiano en Sevilla. Tanta desesperación llegó a acumular pensando en las necesidades de la isla Española que le hicieron —dice— aborrecer la vida. Y tanta culpa atribuyó a los encargados de poner a punto todo (Fonseca y su grupo) que, al momento de embarcar, teniendo cerca a un tal Jimeno de Briviesca, criado de Fonseca, *arrebátalo el Almirante y dale muchas coces o remesones, por manera que lo trató mal.* De esta manera tan gráfica se manifestaba el carácter sanguíneo e irritable de Colón.

Ocho navíos componían la tercera armada colombina, con un total de 226 tripulantes conocidos (falta por saber quiénes iban en el último de los ocho navíos fletados). Hubo reducción de presupuesto y problemas de abastecimiento. Y para cubrir la falta de voluntarios se dio poder a Colón para que embarcara a cuantos delincuentes necesitara; a pesar de que esta disposición se ha criticado mucho, tan sólo hay constancia de que pasaran diez *homicianos,* de los cuales cuatro eran gitanos (dos mujeres y dos hombres). Del resto de la gente destacan hombres de armas, pensando quizá en las guerras contra los indígenas o en revueltas de españoles. Y pasaron pocos labradores.

Los dos primeros navíos enviados como avanzadilla de socorro partieron en febrero de 1498. El resto dejaría Sanlúcar de Barrameda el 30 de mayo, en dirección a las Canarias. Aquí, el Almirante dividió la flota, enviando tres navíos directamente a las Indias y quedándose él con los tres restantes para ir a descubrir. La finalidad de este viaje será hacer oficial el descubrimiento de aquella tierra firme que descubriera ya en 1494-95. No llevaba intérpretes indios, ni objetos para rescatar, ni gente que le hubiera acompañado en el anterior descubrimiento.

El 21 de junio de 1498 zarpó de la Gomera con rumbo a Cabo Verde. El 4 de julio dejó el archipiélago portugués para atravesar el Océano siguiendo una latitud más al sur que en anteriores navegaciones. Días después (13 de julio) penetraron en una zona de calmas, con el inmenso riesgo que ello significaba para un velero: *el trigo ardía como fuego, los tocinos y carne salada se asaban y podrecían. Duróle aqueste ardor y fuego ocho días.* El alisio le rescató de aquella trampa y le condujo hasta la isla de Trinidad. Consta que en este viaje Colón sufrió un ataque de gota.

Desde Trinidad siguió al golfo de Paria y allí se desbordó el *profeta* Colón. Sorprendido por el ruido que producían las aguas casi dulces de ese golfo al chocar con las saladas del mar, impresionado por la vegetación y clima paradisíacos, maravillado por la buena disposición de tan pacíficas gentes hacia

Retrato de Cristóbal Colón (Museo Naval, Madrid)



el cristiano, su conclusión no se hizo esperar: *Grandes indicios son éstos del Paraíso Terrenal, porque sitio es conforme a la opinión de estos santos e sacros teólogos*. Tales autoridades medievales situaban el Paraíso en el lejano, lejanísimo Oriente, y él en esos momentos creía pisar el extremo más extremo de Asia. Decían también que de la fuente del Paraíso manaban cuatro ríos principales (Ganges, Tigris, Eufrates y Nilo); y Colón, en llegando al golfo de Paria, observa una masa de agua dulce que penetra en el mar 48 leguas; tan gigantescos aportes fluviales ¿de dónde si no iban a proceder?

En relación con el Paraíso, Colón elabora una teoría cosmográfica de la tierra. El globo terráqueo no era propiamente una esfera regular, sino que los dos hemisferios en que se dividía eran distintos: semiesférico el occidental e irregular, con forma de pera, el oriental. Esta zona tendría un vértice o pezón situado debajo de la línea equinoccial. Y en dicho vértice o lugar prominente situaba don Cristóbal el Paraíso. Al mismo tiempo, sus dotes observadoras registran que esa tierra firme debe ser grandísima, a juzgar por los ríos que allí vierten sus aguas.

El 13 de agosto dejaba el golfo de Paria para dirigirse a la Española. En su camino divisó la isla por él llamada Margarita, y llegó a Santo Domingo el 20 de agosto.

El fracaso colombino

Santo Domingo era la nueva capital de la isla Española, fundada por Bartolomé Colón en 1496, tras el abandono de la Isabela. Lo que se encontró el Almirante después de casi dos años de ausencia era una isla con una sublevación en marcha. Dos bandos estaban enfrentados abiertamente desde mediados de 1497: el que seguía a Bartolomé Colón y el que capitaneaba Francisco Roldàn, un jienense que había ocupado la alcaldía de la Isabela primero, y después la alcaldía mayor de la isla. Ambas posturas representaban las dos concepciones de enterder la colonización en marcha. Al grito de *viva el rey,* para dejar bien sentado que la revuelta iba dirigida contra los Colón, contra su monopolio y control de todo, y ofreciendo a los que le siguieran *medrar, mucho comer y mujeres,* trabajar poco o nada y libertad para hacer lo que quisieran, la sublevación se extendió. Para no verse solo don Bartolomé ofreció a sus leales *muchas mercedes y dos esclavos a cada uno para su servicio.*

La llegada del Virrey no cambió las cosas. Se descartó el uso de la fuerza porque *apenas había cuarenta de quienes fiarse.* Recurrió a darles facilidades para regresar a Castilla, pero les gustaba ya la tierra y su sistema de vida. Cedió en todo y no resolvió nada. El problema adquirió nuevas dimensiones cuando la protesta se trasladó a la corte y allí valoraron su trascendencia. En 1499 la sustitución del Virrey-Gobernador estaba ya decidida.

El 21 de mayo de 1499 los reyes firmaban el nombramiento de Francisco de Bobadilla como sustituto de don Cristóbal Colón en sus cargos de Virrey y Gobernador. En cambio, el Almirantazgo no lo perdió nunca. A nadie se le escapaba que el asunto era recio y extraordinariamente delicado. Tal vez por eso los monarcas tardaron un año en llevar a la práctica este nombramiento.

Se ha discutido mucho sobre si hubo o no razones sobradas para destituir al Virrey. Todo hace pensar que las hubo y de peso. ¿Cómo, si no, un cambio de actitud tan drástico por parte de los reyes cuando apenas hacía un año que le habían colmado de honores y mercedes? La rebelión roldanista se tuvo en cuenta, pero no fue la causa definitiva, ni mucho menos, ya que de haber habido culpables de desgobierno serían sus hermanos, que no él. Y todo sucedía cuando el Almirante acababa de comunicar a los reyes el descubrimiento de la tierra firme de América del Sur y el criadero de perlas de Margarita y Cubagua.

Si es verdad lo que recoge Oviedo —y Colón nunca lo desmintió— que *había querido tener secreto el descubrimiento de las perlas, e que nunca lo escribió fasta que él sintió que en España se sabía,* el hecho era de extremada gravedad. Cuando esta noticia de las perlas llegó a la corte, allí estaba Peralonso Niño, conocedor del asunto y posible informante de los reyes, porque él había presenciado su verdadero descubrimiento en 1494-95. La honorabilidad del Virrey entraba en quiebra.

El 23 de agosto de 1500, Bobadilla hacía su entrada en el puerto de Santo Domingo con dos carabelas. Cuentan que este personaje, tan mal tratado por la historiografía, obró al principio con mucha prudencia: dio a conocer los poderes que traía. Pagó sueldos atrasados. Comunicó a los Colón (Diego en Santo Domingo, Bartolomé en Jaraguá y a don Cristóbal en la Vega) el relevo que orde-

naban los reyes. Y pudo comprobar que éstos, lejos de aceptarlo, protestaron de palabra y hasta hubo algún conato de resistencia armada. Hechos estos que explican la dureza posterior de Bobadilla y la consabida prisión y encadenamiento de los tres hermanos.

A primeros de octubre de 1500 regresaban cargados de cadenas. Mes y medio después llegaron a Cádiz. Enterados los reyes, repararon el entuerto de la prisión y los grillos. Dicen que Colón no escribió a los monarcas, pero a quién sí que lo hizo fue a la que había sido Ama del príncipe don Juan, doña Juana de Torres, persona muy querida de la familia Colón y también de los reyes. Si pensaba en alguna intercesora ante Isabel y Fernando, pocas más eficaces que doña Juana. La corte, entonces en Granada, esperaba al gastado Almirante de la Mar Océana.

El cuarto viaje

Granada fue un día —1492— testigo de triunfo, y hoy —1500— lo era de postración y amargura. Un año conviviendo en la corte, reclamando derechos, pidiendo ser restituido en cargos y oficios perdidos, adentrándose en el estudio de la profecía y sintiéndose más elegido de Dios que nunca.

A Colón se le restituyen algunos derechos económicos. Contempla cómo su enemigo Bobadilla es sustituido por Ovando, pero le corroe el alma comprobar que los monarcas no piensan reponerle en el cargo de gobernación. Le dolía igualmente ser testigo —sólo testigo— de la apertura de las rutas atlánticas a navegantes como Alonso de Hojeda, Peralonso Niño, Cristóbal Guerra, Vicente Yáñez Pinzón, Diego de Lepe, Vélez de Mendoza, etc. El Nuevo Mundo estaba abriéndose de par en par y el apellido Colón carecía de protagonismo. Vivía comprensiblemente inquieto.

El cuarto y último viaje de Colón a las Indias fue iniciativa de los reyes. Consta que el descubridor se hizo a la mar por complacerlos y no por gusto. Lo que más le obsesionaba entonces era vigilar sus negocios y eso se ventilaba en la corte, no lejos.

Las prisas de los monarcas tenían su explicación en los éxitos portugueses. La expedición de Vasco de Gama (1497—99) había llegado a Calicut o Calcuta; y ese mismo navegante, en febrero de 1502, iba a dirigir otra expedición con destino al Oriente. Por lo tanto estaba en juego la carrera de la Especiería o Maluco.

Para convencer a Colón, los reyes prometieron cuanto hizo falta: si necesario fuere confirmar privilegios y mercedes de nuevo los confimarán y acrecentarán; a su hijo le repondrán de todo. Pero él —Colón— que no pierda tiempo en hacerse a la mar.

El objetivo final de este viaje largo o *alto viaje* era llegar a la Especiería o Maluco, adelantándose así a sus rivales portugueses. Otro objetivo sería comprobar si entre la tierra firme del norte y la del sur había un estrecho que comunicara la mar Océana con el mar Indico. Pensaba que existía un paso hacia Veragua (actual Centroamérica).

Cuatro navíos, desplazando en total 250 toneladas, y una tripulación de 150 hombres se hicieron a la mar en Cádiz el 11 de mayo de 1502. Acompañaban al Almirante su hermano Bartolomé, bien que contra su voluntad, y su hijo Hernando Colón, joven de trece años y cronista de este viaje. Desde Cádiz se dirigió a las Canarias. Tras cargar agua y leña en Maspalomas, siguió un rumbo muy parecido al del segundo viaje y atravesó el Océano en veintiún días, llegando a la entrada de las Indias el 15 de junio. Si hasta esos momentos fue todo a pedir de boca, en adelante sucedió al contrario: pasa por ser el viaje más desdichado, el más accidentado e inútil de cuantos hizo el Almirante.

Llevaba orden de no hacer escala en Santo Domingo en el viaje de ida, pero ciertos problemas en uno de sus navíos le forzaron a ello. Quería cambiarlo por otro mejor. Además, su capacidad de observación le hacía presagiar un huracán y necesitaba puerto seguro para protegerse. Pidió autorización a Ovando advirtiéndole que prohibiese salir la flota a punto de zarpar para España. A él se le negó y tuvo que refugiarse en un puerto cercano; salvó vida y barcos. Pero la flota de 28 ó 30 naves en que regresaba Bobadilla, y que no se quedó en el puerto, fue destrozada cerca del paso de la Mona. Más de 500 muertos —Bobadilla entre ellos—, 24 ó 25 barcos destrozados o hundidos, tres ó cuatro maltrechos y más de 100.000 castellanos de oro de la Real Hacienda perdidos. Sólo un navío, y de los peores, en que venían 4.000 pesos pertenecientes al Almirante llegó sano y salvo a España.

La travesía por el Caribe, y a través de la mayor parte de la costa centroamericana recorrida, fue un sufrimiento continuado. Hasta el cabo de Honduras se siguió un trayecto poco aconsejable. Del cabo de Honduras al de Gracias a Dios (60 leguas de costa)

emplearon casi un mes y medio de trombas de agua, relámpagos, mar embravecida. El 26 de noviembre en el puerto del Retrete, actual puerto de Escribanos, vieron los primeros caimanes. Recorrer la costa de Panamá le cuesta perder dos navíos. Todo estaba siendo un desastre: oro, poco o nada; indios, no tan pacíficos; especias, ninguna; el estrecho que buscaba no se advierte, y, para colmo, el Almirante sufre constantes ataques de gota. Conviene regresar.

El 1 de mayo de 1503 pone rumbo a la Española. Vientos y corrientes obligan a bordear la costa de Cuba y terminar en Jamaica, en la bahía de Santa Ana (13 de mayo). Allí, Colón mandó encallar los dos barcos y acondicionarlos para que sirvieran de estancia y defensa hasta ser rescatados.

Diego Méndez y Bartolomé Fiesco, por insinuación del Almirante, intentaron una empresa harto temeraria: navegar en dos canoas hasta la isla Española en busca de socorro. Culminaron la hazaña en el mes de julio de 1503, después de tres días de navegación y más de 100 millas recorridas. Sin embargo, el rescate definitivo se retrasaría un año más gracias al proceder incomprensible del gobernador Ovando. Era como el colofón desdichado de un viaje nefasto.

Mientras tanto, en Jamaica el nerviosismo de una parte de la tripulación, capitaneada por los hermanos Porras, se tradujo en sublevaciones y enfrentamientos armados contra la autoridad colombina. A las armas, con armas, replicaron el adelantado don Bartolomé y sus seguidores, y vencieron.

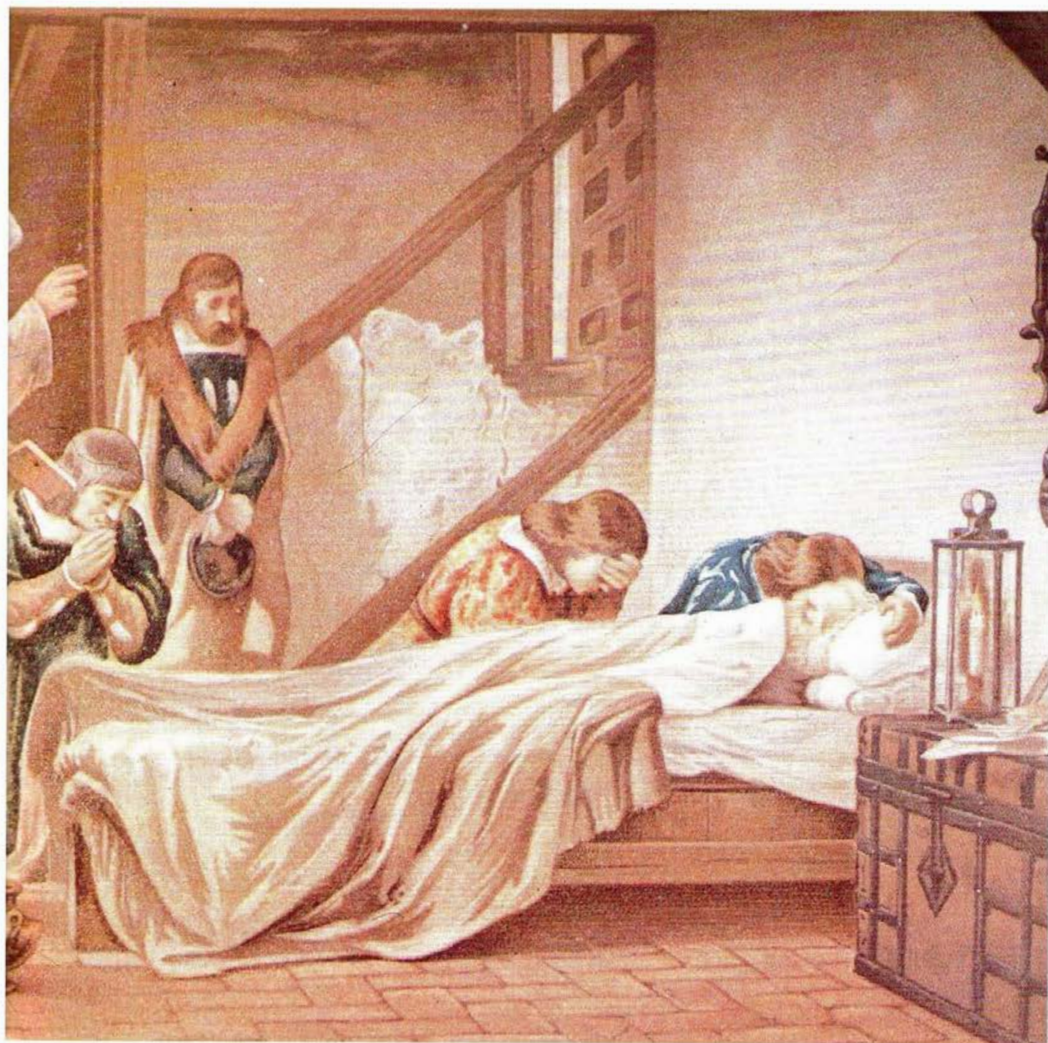
El indígena, por su parte, que había socorrido con víveres a los españoles, dejó de acudir. Y mal hubieran ido las cosas de no ser por el partido que el Almirante sacó al eclipse de luna sucedido el 29 de febrero de 1504.

El 28 de junio del mismo año dejaban todos Jamaica en un navío fletado por Méndez y que había conducido allí el criado del Almirante, Diego de Salcedo.

En Santo Domingo, Rodrigo de Bastidas, que había recorrido la costa centroamericana desde Colombia hasta donde había llegado el Almirante, le confirmó que no existía el estrecho que suponía y había estado buscando. Era la última gran frustración de este viaje.

El 12 de septiembre dejaba Santo Domingo en dos navíos, entrando en Sanlúcar de Barrameda el 7 de noviembre de 1504. Llegaba decepcionado por el fracaso e imposibilitado por los ataques de gota sufridos.





La muerte de Colón (dibujo de Francisco Ortego, de la Historia de España, *de Morayta)*

A partir de esos momentos, reponerse de su enfermedad, mover influencias, seguir a la Corte reclamando sus derechos y morir el 20 de mayo de 1506 en Valladolid fue lo que le quedaba por cumplir, no sin antes advertir a su heredero *que non piense, ni presuma de amenguar el dicho mayorazgo, salvo acrecentalle.* Genio y figura de un descubridor que rompió las ataduras del Océano y desveló un Nuevo Mundo como algo que sentía como propio.

Bibliografía

Colón, Cristóbal, *Diario de a bordo,* Crónicas de América, n.º 9, Historia 16, Madrid, 1985. Colón, Hernando, *Historia del almirante,* Crónicas de América, n.º 1, Historia 16, Madrid, 1984. Ballesteros Beretta, A., *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América,* T. IV y V de la *Historia de América y de los pueblos americanos,* Barcelona, 1945. Madariaga, S., *Vida del muy magnífico Señor don Cristóbal Colón,* Madrid, 1975. Manzano y Manzano, J., *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida, 1485-1492,* Cultura Hispánica, 1964; *Colón y su secreto,* Madrid, 1976. Morison, S. E., *El almirante de la Mar Océano,* Buenos Aires, 1943. Pérez de Tudela y Bueso, J., *Las armadas de Indias y los orígenes de la política de colonización (1492-1505),* Madrid, 1956, *Mirabilis in altis,* Madrid, 1983. Taviani, P. E., *Cristóbal Colón: génesis del gran descubrimiento,* Barcelona, 2 vols., 1977. Varela, C., *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos,* Alianza Editorial, Madrid, 1982. Gil, J. y Varela, C., *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas,* Alianza Editorial, Madrid, 1984. Arranz Márquez, Luis, *Cristóbal Colón,* col. Protagonistas de América, Historia 16, Madrid, 1986.

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.

DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.

DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.

DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

REDACCION: Isabel Valcárcel y José M.ª Solé Mariño.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del Grupo 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.

PUBLICIDAD MADRID: Dolores García. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Cataluña: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

Zona Norte: Alejandro Vicente. Avenida del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Teléfono (94) 435 77 86.

IMPRIME: TEMI.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

ISBN 84-85229-76-2, obra completa.

ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.

ISBN 84-7679-096-1. Tomo 12.

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Cristóbal Colón

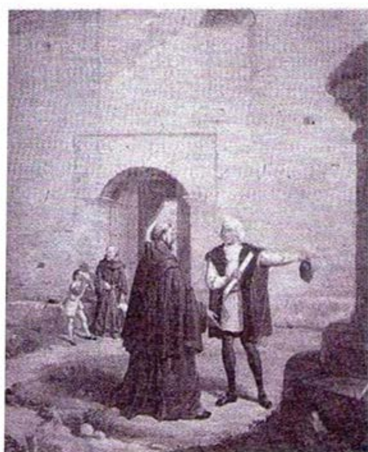
Los viajes de Colón

Textos

CUADERNOS historia 16

Cristóbal Colón, según el padre Las Casas

LO que pertenecía a su exterior persona y corporal disposición, fue de alto cuerpo, más que mediano; el rostro luengo y autorizado; la nariz aguileña; los ojos garzos; la color blanca, que tiraba a rojo encendido; la barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos. Era gracioso y alegre, bien hablado, y, según dice la susodicha historia portuguesa, elocuente y glorioso, dice ella, en sus negocios. Era grave con moderación, con los extraños afable, con los de su casa suave y placentero, con moderada gravedad y discreta conversación, y así podía provocar los que le viesen fácilmente a su favor. Finalmente, representaba en su presencia y aspecto venerable persona de gran estado y autoridad y digna de toda reverencia. Era sobrio y moderado en el comer y beber, vestir y calzar... En las cosas de la religión cristiana sin duda era católico y de mucha devoción; cuasi en cada cosa que hacía y decía o quería comenzar a hacer, siempre anteponía: «En el nombre de la Santísima Trinidad haré esto...» Ayunaba los ayunos de la Iglesia observantísimamente; confesaba muchas veces y comulgaba; rezaba todas las horas canónicas como los eclesiásticos o religiosos; enemicísimo de blasfemias y juramentos; era devotísimo de Nuestra Señora y del seráfico padre San Francisco; pareció ser muy agradecido a Dios por los beneficios que de la divinal mano recibía, por lo cual cuasi por proverbio, cada hora traía que le había hecho Dios grandes mercedes, como a David. Cuando algún oro o cosas preciosas le traían, entraba en su oratorio e hincaba las rodillas, convidando a los circunstantes, y decía «demos gracias a Nuestro Señor, que de descubrir tantos bienes nos hizo dignos»... Fue varón de grande ánimo, esforzado, de altos pensamientos, inclinado naturalmente, a lo que se puede colegir de su vida y hechos y escrituras y conversación, a cometer hechos y obras egregias y señaladas. Paciente y muy sufrido, perdonador de las injurias, y que no quería otra cosa, según del se cuenta, sino que conociesen los que le ofendían sus errores, y se le conciliasen los delincuentes. Constantísimo y adornado de longanimidad en los trabajos y adversidades que le ocurrieron siempre, las cuales fueron increíbles e infinitas, teniendo siempre gran confianza de la Providencia Divina.



Llegada de Colón al monasterio de La Rábida

Carta de Colón a los Reyes Católicos

MUY altos Reyes: de muy pequeña hedad entré en la mar navegando y lo he continuado fasta oy. La mesma arte inclina a quien le prosigue a desear de saber los secretos d'este mundo. Ya pasan de XL años que yo voy en este uso. Todo lo que fasta oy se navega todo lo he andado. Trauto y conversación he tenido con gente sabia, heclesiásticos e seglares, latinos y griegos, judíos y moros y con otros muchos de otras setas. A este mi deseo fallé a Nuestro Señor muy propicio y ove d'El para ello espírito de inteligencia. En la marinería me fiso abondoso, de astrología me dio lo que abastava y ansí de geometría y arismética y engenio en el ánima y manos para debusar espera, y en ellas las cibdades, ríos y montañas, islas y puertos, todo en su propio sitio. En este tiempo he yo visto y puesto estudio en ver de todas escrituras cosmografía, istorias, corónicas y filosofía y de otras artes, a que me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable a que era hasedero navegar de aquí a las Indias, y me abrió la voluntad para la hexecuçión d'ello. Y con este fuego vine a Vuestras Altezas. Todos aquellos que supieron de mi inpresa con rixa le negaron burlando. Todas las ciencias de que dise arriba non me aprovecharon ni las abtoridades d'ellas. En sólo Vuestras Altezas quedó la fee y costancia. *(CONSUELO VARELA, «Textos y documentos completos», Alianza Editorial, 1982, página 277.)*

Capitulaciones de Santa Fe

LAS cosas suplicadas e que Vuestras Altezas dan e otorgan a don Christoval de Colon, en alguna satisfacion de lo que ha descubierto en las Mares Oceanas y del viage que agora, con el ayuda de Dios, ha de fazer por ellas en servicio de Vuestras Altezas, son las que se siguen.

Primeramente que Vuestras Altezas como Señores que son de las dichas Mares Oceanas fazen dende agora al dicho don Christoval Colon su almirante en todas aquellas islas y tierras firmes que por su mano o industria se descubriran o ganaran en las dichas Mares Oceanas para durante su vida, y después del muerto, a sus herederos e successores de uno en otro perpetualmente con todas aquellas preheminencias e prerrogativas pertenecientes al tal officio, e segund que don Alfonso Enriquez, quondam, Almirante Mayor de Castilla, e los otros sus predecesores en el dicho officio, lo tenían en sus districtos. Plaze a Sus Altezas. Johan de Coloma.

Otrosi que Vuestras Altezas fazen al dicho don Christoval su Visorey e Governador General en todas las dichas tierras firmes e yslas que como dicho es el descubriere o ganare en las dichas mares, e que paral regimiento de cada huna e qualquiere dellas, faga el eleccion de tres personas para cada oficio, e que Vuestra Altezas tomen y scojan uno el que mas fuere su servicio, e assi seran mejor regidas las tierras que Nuestro Señor le dexara fallar e ganar a servicio de Vuestras Altezas. Plaze a Sus Altezas. Johan de Coloma.



Salida de Colón para las Indias

Item que de todas e qualesquiere mercadurias, siquiere sean perlas, piedras preciosas, oro, plata, specieria, e otras qualesquiere cosas e mercadurias de qualquiere specie, nombre e manera que sean que se compraren, trocaren, fallaren, ganaren e hovieren dentro en los limites de dicho Almirantazgo, que dende agora Vuestras Altezas fazen merced al dicho don Christoval e quieren que haya e lieve para si la dezena parte de todo ello quitadas las costas todas que se fizieren en ello por manera que de lo que quedare limpio e libre, haya e tome la dicha decima parte para si mismo, e faga dello a su voluntad, quedando las otras nueve partes para Vuestras Altezas. Plaze a Sus Altezas. Johan de Coloma.

[(...)]Item que en todos los navios que se armaren paral dicho tracto e negociacion, cada y quando, y quantas vezes se armaren, que pueda el dicho don Christoval Colon si quisiere contribuyr e pagar la ochena parte de todo lo que se gastare en el armazon, e que tanbiem haya e lieve del provecho la ochena parte de lo que resultare de la tal armada. Plaze a Sus Altezas. Johan de Coloma.

Colón descubre América

A las dos horas después de media noche pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amaynaron todas las velas, y quedaron con el treo, que es la vela grande, sin bonetas, y pusiéronse a la corda, temporizando hasta el día viernes que llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de Indios Guanahani. Luego vieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en la barca armada y Martín Alonso Pinzón y Vicente Yánez, su hermano, que era capitán de la *Niña*.

Sacó el Almirante la bandera real, y los capitanes con dos banderas de la cruz verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña, con una F y una Y, encima de cada letra su corona, una de un cabo de la † y otra de otro. Puesto en tierra vieron árboles muy verdes, y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo de Escobedo, escribano de toda la armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen por fe y testimonio como él por ante todos tomaba, como



Medalla conmemorativa del descubrimiento de América

de hecho tomó, posesión de la dicha Isla por el Rey y por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron por escrito. Luego se juntó allí mucha gente de la Isla. Esto que se sigue son palabras formales del Almirante en su libro de su primera navegación y descubrimiento de estas Indias: «*Yo*, dice él, *porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a Nuestra Santa Fe con Amor que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor, con que hubieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos a donde nos estábamos, nadando y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuenticillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad, mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una harto moza, y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de 30 años, muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos casi como sedas de cola de caballos y cortos. Los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan. De ellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y de ellos se pintan de blanco, y dellos de colorado, y de ellos de lo que hallan; y se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y de ellos solos los ojos, y de ellos sólo la nariz. Ellos no traen armas ni las conocen, porque les mostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen algún hierro; sus azagayas son unas varas sin hierro, y algunas de ellos tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y buenos gestos, bien hechos. Yo vi algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos, y les hize señas qué era aquello, y ellos me mostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban cerca y los querían tomar y se defendían. Y yo creí y creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por cautivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía. Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a Nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a Vuestra Alteza para que aprendan a hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vi, salvo papagayos en esta Isla.*» Todas son palabras del Almirante.*(Día 11 de octubre, del «Diario de a bordo», edición de LUIS ARRANZ, colección Crónicas de América, Historia 16.)*

Descripción del trópico

AQUÍ son los peces tan disformes de los nuestros, que es maravilla. Hay algunos hechos como gallos, de los más finos colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todos colores, y otros pintados de mil maneras, y las colores son tan finas, que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos; también hay ballenas. Bestias en tierra no vide ninguna de ninguna manera, salvo papagayos y lagartos. Un mozo me dijo que vio una gran culebra. Ovejas ni cabras ni otra ninguna bestia vide aunque yo he estado aquí muy poco, que es medio día; mas si las hubiese, no pudiera errar de ver alguna. El cerco de esta isla escribiré después que yo la hubiere rodeado. *(Día 16 de octubre, «Diario de a bordo», edición de LUIS ARRANZ, colección Crónicas de América, Historia 16.)*

La Isabela, según Colón

YO no le dejé tocar nada, salvo que me salí con estos capitanes y gente a ver la isla, que si las otras ya vistas son muy hermosas y verdes y fértiles, ésta es mucho más y de grandes arboledas y muy verdes. Aquí es unas grandes lagunas, y sobre ellas y a la rueda es el arboleado en maravilla, y aquí y en toda la isla son todos verdes y las hierbas como en el abril en el Andalucía; y el cantar de los pajaritos, que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos que oscurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras, que es maravilla. Y después hay árboles de mil maneras y todos dan de su manera fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los conoscer, porque soy bien cierto que todos son cosa de valía y de ellos traigo la demuestra, y asimismo de las hierbas. *(Día 21 de octubre, «Diario de a bordo», edición de LUIS ARRANZ, colección Crónicas de América, Historia 16.)*

La Española

CREAN Vuestras Altezas que estas tierras son en tanta cantidad buenas y fértiles y en especial estas de esta isla Española, que no hay persona que lo sepa decir, y nadie lo puede creer si no lo viese. Y crean que esta isla y todas las otras son así suyas como Castilla, que aquí no falta salvo asiento y mandarles hacer lo que quisieren, porque yo con esta gente que traigo, que no son muchos, correría todas estas islas sin afrenta, que ya he visto solos tres de estos marineros descender en tierra y haber multitud de estos indios y todos huir, sin que les quisieren hacer mal. Ellos no tienen armas, y son todos desnudos y de ningún ingenio en las armas y muy cobardes, que mil no aguardarán tres, y así son buenos para les mandar y les hacer trabajar y sembrar, y hacer todo lo otro que fuese menester, y que hagan villas y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres. *(Día 16 de diciembre, «Diario de a bordo», edición de LUIS ARRANZ, colección Crónicas de América, Historia 16.)*

Carta de Colón anunciando el descubrimiento

EN estas islas hasta aquí no he hallado hombres monstruosos, como muchos pensaban, mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento, ni son negros como en Guinea, salvo con sus cabellos corredios, y no se creían a donde hay ímpetu demasiado de los rayos solares; es verdad que el sol tiene allí gran fuerza, puesto ques distante de la línea equinocial veinte e seis grados. En estas islas, adonde hay montañas grandes, ahí tenía fuerza el frío este invierno, mas ellos lo sufren por la costumbre que con la ayuda de las viandas comen con especias muchas y muy calientes en demasía. Así que monstruos no he hallado ni noticia, salvo de una isla que es la segunda a la entrada de las Indias, que es poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne humana. Estos tienen muchas canoas, con las cuales corren todas las islas de India roban y toman cuanto pueden. Ellos no son más diformes que los otros, salvo que tienen en costumbre de traer los cabellos largos como mugeres, y usan arcos y flechas de las mismas armas de cañas, con un palillo al cabo por defecto del hierro que no tienen. Son feroces entre estos otros pueblos que son en demasiado grado cobardes, mas yo no los tengo en nada más que a los otros. Estos son aquellos que tratan con las mugeres de Matinino, ques la primera isla partiendo de España para las Indias que se halla, en la cual no hay hombre ninguno. Ellas no usan ejercicio femenil, salvo arcos y flechas, como los sobredichos de cañas, y se arman y cobijan con launes de arambre de que tienen mucho. *(Del «Diario de a bordo», edición de LUIS ARRANZ, colección Crónicas de América, Historia 16, página 27.)*

Teoría cosmográfica de Colón

YO siempre leí qu'el mundo, tierra e agua era espérico en las auctoridades y esperiencias que Ptolomeo y todos los otros qu'escrivieron d'este sitio davan e amostraban para ello, así por eclipses de la luna y otras demostraciones que hazen de Oriente fasta Occidente como de la elevación del polo de Septentrión en Austro. Agora vi tanta disformidad como ya dixe; y por esto me puse a tener esto del mundo, y fallé que no era redondo en la forma qu'escriven, salvo que es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el peçón que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar d'ella fuesse como una teta de muger allí puesta, y qu'esta parte d'este peçón sea la más alta e más propinca al cielo, y sea debaxo la línea equinoçial, y en esta mar Occéana, en fin del Oriente (llamo yo fin de Oriente adonde acaba toda la tierra e islas). E para esto allego todas las razones sobreescriptas de la raya que passa al Occidente de las islas de los Açores cient leguas de Septentrión en Austro, que en passando de allí al Poniente, ya van los navíos alçándose hazia el cielo suavemente, y entonçes se goza de más suave temperançia, y se muda el aguja del marear, por causa de la suavidad d'esa cuarta de viento, y cuanto más va adelante e alçándose más, noruestea. Y esta altura causa el desvariar del círculo que escrive la estrella del Norte con las Guardas, y cuanto más passare junto con la línea equinoçial, más se subirán en alto y más differençia avrá en las dichas estrellas y en los circulos d'ellas [...].

[...]Yo no tomo qu'el Paraíso Terrenal sea en forma de montaña áspera, como el escrevir d'ello nos amuestra, salvo qu'el sea en el colmo, allí donde dixe la figura del peçón de la pera, y que poco a poco andando hazia allí desde muy lexos se va subiendo a él, y crio que nadie no podría llegar al colmo, como yo dixe, y creo que pueda salir de allí esa agua, bien que sea lexos y venga a parar allí donde yo vengo, y faga este lago. Grandes indiçios son estos del Paraíso Terrenal, porqu'el sitio es conforme a la opinión d'estos sanctos e sacros theólogos. Y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulçe fuese así adentro e vezina con la salada; y en ello ayuda asimismo la suavíssima temperançia. Y si de allí del Paraíso no sale, pareçe aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo. *(CONSUELO VARELA, «Textos y documentos completos», Alianza Editorial, 1982, páginas 213 y 216.)*

Eclipse de luna en Jamaica durante el cuarto viaje de Colón

ACORDÓSE de que al tercer día había de haber un eclipse de luna, al comienzo de la noche, y mandó que un indio de la Española que estaba con nosotros, llamase a los indios principales de la provincia, diciendo que quería hablar con ellos en una fiesta que había determinado hacerles. Habiendo llegado el día antes del eclipse los caciques, les dijo por el intérprete, que nosotros éramos cristianos y creíamos en Dios, que habita en el cielo y nos tiene por súbditos, el cual cuida de los buenos y castiga a los malos, y que habiendo visto la rebelión de los cristianos, no les había dejado pasar a la Española como pasaron Diego Méndez y Fiesco, y habían padecido los peligros y trabajos que eran notorios en la isla; que igualmente, en lo que tocaba a los indios, viendo Dios el poco cuidado que tenían de traer bastimentos, por nuestra paga y rescate, estaba irritado contra ellos, y tenía resuelto enviarles una grandísima hambre y peste. Como ellos quizá no le darían crédito, quería mostrarles una evidente señal de esto, en el cielo, para que más claramente conociesen el castigo que les vendría de su mano. Por tanto, que estuviesen aquella noche con gran atención al salir la luna, y la verían

aparecer llena de ira, inflamada, denotando el mal que quería Dios enviarles. Acabado el razonamiento se fueron los indios, unos con miedo, y otros creyendo sería cosa vana.

Pero comenzando el eclipse al salir la luna, cuanto más ésta subía, aquél se aumentaba, y como tenían grande atención a ello los indios, les causó tan enorme asombro y miedo, que con fuertes alaridos y gritos iban corriendo, de todas partes, a los navíos, cargados de vituallas, suplicando al Almirante rogase a Dios con fervor para que no ejecutase su ira contra ellos, prometiendo que en adelante la traerían con suma diligencia todo cuanto necesitase. El Almirante les dijo quería hablar un poco con su Dios; se encerró en tanto que el eclipse crecía y los indios gritaban que les ayudase. Cuando el Almirante vio acabarse la creciente del eclipse, y que pronto volvería a disminuir, salió de su cámara diciendo que ya había suplicado a su Dios, y hecho oración por ellos; que le había prometido en nombre de los indios, que serían buenos en adelante y tratarían bien a los cristianos, llevándoles bastimentos y las cosas necesarias; que Dios los perdonaba, y en señal del perdón, verían que se pasaba la ira y encendimiento de la luna. Como el efecto correspondía a sus palabras, los indios daban muchos gracias al Almirante, alababan a su Dios, y así estuvieron hasta que pasó el eclipse. De allí en adelante tuvieron gran cuidado de proveerles de cuanto necesitaban, alabando continuamente al Dios de los cristianos; porque los eclipses que habían visto alguna otra vez, imaginaban que sucedían en gran daño suyo, y no sabiendo su causa, ni que fuese cosa que ha de suceder a ciertos tiempos, ni creyendo que nadie pudiera saber en la tierra lo que pasaba en el cielo, tenían por certísimo que el Dios de los cristianos se lo había revelado al Almirante. *(HERNANDO COLÓN, «Historia del Almirante», edición de LUIS ARRANZ, Colección de América, Historia 16, páginas 337—338.)*



Marineros de la tripulación de Colón (pintura de Vázquez Díaz)

Tormentas tropicales

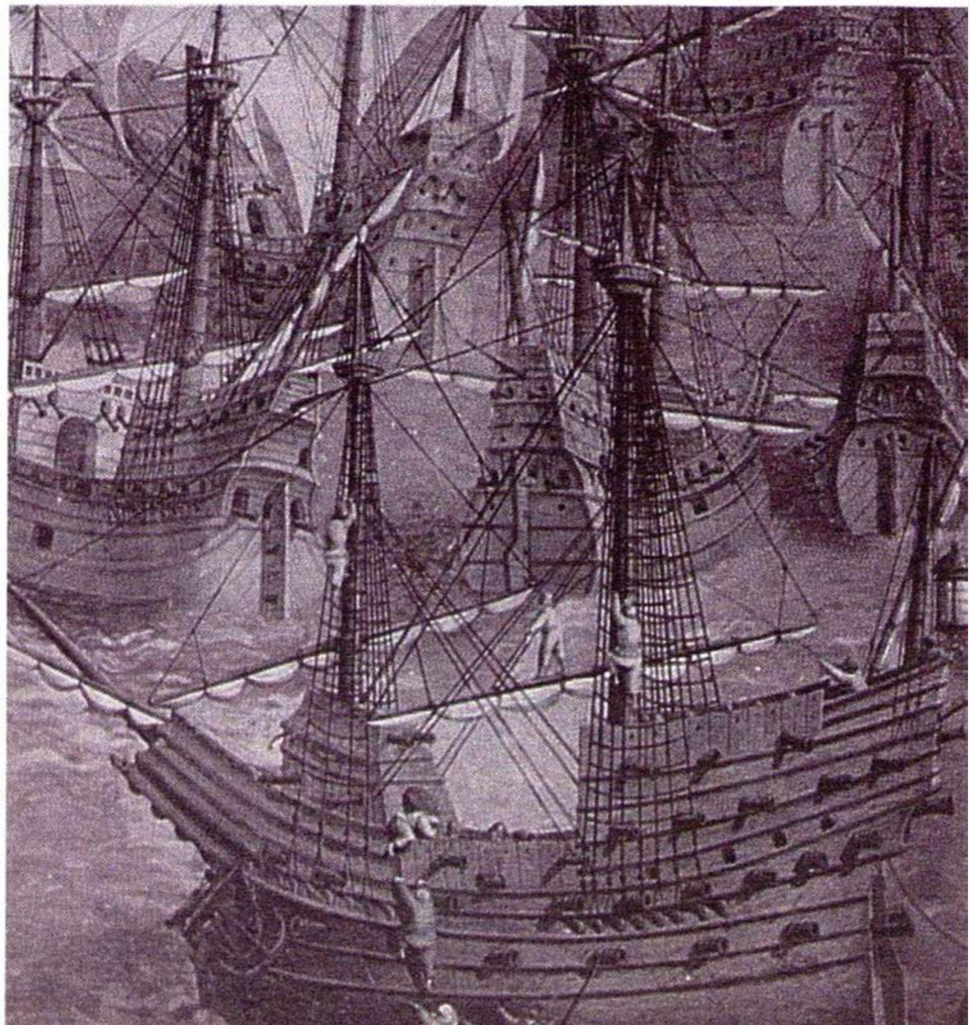
ALLÍ se mudó de mar alta en calmería y grande corriente, y me llevó fasta el jardín de la Reina sin ver tierra. De allí, cuando pude, navegué a la tierra firme, adonde me salió el viento y corriente terrible al opósito. Combatí con ellos sesenta días, y en fin no lo pude ganar más de setenta leguas.

En todo este tiempo no entré en puerto ni pude, ni me dexó tormenta del çielo, agua y trombones y relámpagos de continuo, que parecía el fin del mundo. Llegué al cabo de Gracias a Dios y de allí me dio Nuestro Señor próspero el viento y corriente. Esto fue a doce de Septiembre. Ochenta y ocho días avía que no me avía dexado espantable tormenta, atanto que no vide el sol ni estrellas por mar, que a los navíos tenía yo abiertos, a las velas rotas, y perdidas anclas y xarcia, cables con las barcas y muchos vastimentos, la gente muy enferma y todos contritos y muchos con promesa de religión, y no ninguno sin otros votos y romerías. Muchas vezes avían llegado a se confessar los unos a los otros. Otras tormentas se an visto, mas no durar tanto ni con tanto espanto. Muchos esmorecieron harto y hartas vezes que teníamos por esforzados. *(CONSUELO VARELA, «Textos y documentos completos», Alianza Editorial, 1982, páginas 317-318.)*

Línea de demarcación, según el Tratado de Tordesillas

Y luego los dichos procuradores de los dichos señores Rey y Reina de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia, de Granada,&c., y del dicho señor Rey de Portugal y de los Algarbes, &c., dijeron: Que por cuanto entre los dichos señores sus constituyentes hay cierta diferencia sobre lo que a cada una de las dichas partes pertenesce de lo que hasta hoy día de la fecha de esta capitulación está por descobrir en el mar Océano: por tanto, que ellos por bien de paz y concordia, y

por conservaciòn del debdo e amor que el dicho señor Rey de Portugal tiene con los dichos señores Rey y Reina de Castilla, de Aragón, &c.: a sus Altezas place, y los dichos sus procuradores en su nombre, y por virtud de los dichos sus poderes, otorgaron y consintieron que se haga y asigne por el dicho más Océano una raya o línea derecha de Polo a Polo, del Polo Artico al Polo Antártico, que es de Norte a Sur, la cual raya o línea e señal se haya de dar y dé derecha, como dicho es, a trescientas setenta leguas de las islas de Cabo Verde para la parte de Poniente por grados o por otra manera, como mejor y más presto se pueda dar, de manera que no será más. Y que todo lo que hasta aquí tenga hallado y descubierto, y de aquí adelante se hallare y descubriere por el dicho señor Rey de Portugal y por sus navíos, así islas como tierra firme desde la dicha raya arriba dada en la forma suso dicha, yendo por la dicha parte de Levante dentro de la dicha raya a la parte de Levante o de Norte o de Sur de ella, tanto que no sea atravesando la dicha raya, que esto sea y quede y pertenezca al dicho señor Rey de Portugal y a sus subcesores para siempre jamás. Y que todo lo otro, así islas como tierra firme, halladas y por hallar, descubiertas y por descubrir, que son o fueren halladas por los dichos señores Rey y Reina de Castilla y de Aragón, &c., y por sus navíos, desde la dicha raya dada en la forma suso dicha, yendo por la dicha parte de Poniente después de pasada la dicha raya para el Poniente o al Norte-Sur de ella, que todo sea y quede y pertenezca a los dichos señores Rey e Reina de Castilla y de León, &c., y a sus subcesores para siempre jamás. *(MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, «Colección de viajes y descubrimientos», B.A.E., Madrid, 1954, tomo I, página 382.)*



Galeones españoles del siglo XVI